



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

#### ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

**Utopía Gráfica, A.C.** es un taller de producción artística fundado en 2006 por Teresa Olmedo, Emanuel Cárdenas y Antonio Domínguez, con el objeto de desarrollar, difundir, apoyar, producir y promover el quehacer artístico en México sin perseguir un fin lucrativo.

**Teresa Olmedo** (Ciudad de México, 1982). Licenciada en Artes Visuales por la ENAP-UNAM y maestra en la misma disciplina por la FAD-UNAM. Ha participado en más de cincuenta exposiciones colectivas, y ha sido seleccionada en varios concursos nacionales e internacionales. Entre sus exposiciones individuales se encuentran *De paraísos perdidos y sueños rotos* (Universidad de la Ciudad de México, 2005) y *Desde la cima del cielo* (Ex Convento del Desierto de los Leones, 2010). Es docente en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda”.

**Emanuel Cárdenas** (Ciudad de México, 1978). Licenciado y maestro en Artes Visuales por la ENAP-UNAM. Ha expuesto en varias colectivas en México y en el extranjero. Sus exposiciones individuales incluyen *Mitos y leyendas mixteco-zapotecos* (STE, 2005), *Mixtecos y zapotecos* (Reclusorio Preventivo Varonil Oriente, 2005), *Del giro de la luz y del silencio* (Galería Teatro Sergio Magaña, 2006), *Vestigios del consejo antiguo: Huehuehtlahtolli* (Galería José Clemente Orozco de la ENP-UNAM, 2006), *Exposición obra gráfica* (Café Gamma, 2007) y *Cenizas del conocimiento antiguo* (Academia de San Carlos, 2010).

**Antonio Domínguez** (Ciudad de México, 1975). Licenciado en Artes Visuales por la ENAP-UNAM. Ha recibido varios premios y distinciones, y ha participado en exposiciones colectivas nacionales e internacionales. Entre sus muestras individuales se encuentran *De realidades y trasmundos urbanos* (Videoteca Manuel Álvarez Bravo, 2005), *Trasmundos y otras desidentidades* (Utopía Gráfica, A.C.; Galería Pablo O’Higgins del Teatro del Pueblo, 2007) y *El monstruoso cotidiano* (Museo de la Bandera, Guerrero; Galería Anomalía, UAM-I, 2012). Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

IMAGEN DE PORTADA



Omar Mendoza Linares, *De lo humano*, tinta/papel de algodón, 2014



EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Dos poemas / Balam Rodrigo	8
CONCURSO 45 DE PUNTO DE PARTIDA	12
SEGUNDA ENTREGA	13
Letras verdes (cuento breve) / Enrique Popoca	14
En la boda (cuento breve) / Alfredo Álvarez Ocampo	16
De lo humano (gráfica) / Omar Mendoza Linares	18
Los racimos de odio (crónica) / Cristóbal Apanco	25
Templo (crónica) / Saúl Sánchez Lovera	30
Mapas de la memoria (gráfica) / Rodrigo Rosas Torres	34
Jugar al eco al aire libre (traducción) / Ana Terán Cornejo	41
Clitemnestra o el crimen, de Marguerite Yourcenar (traducción) / Enrique Popoca	46
Súbase, comadre / Ana Fuente Montes de Oca	54
LA CRÓNICA COMO ANTÍDOTO	60
Silencio en Tlatelolco / Jonathan Jesús García Palma	62
Ciudad espejo / J. C. Guinto	68
Un complejo muy complejo / Gustavo Cantú Rodríguez	73
EL RESEÑARIO	
<i>Interpretación celeste: azul trenzado</i> / Gabriel Woltke	78

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles  
*Rector*

María Teresa Uriarte Castañeda  
*Coordinadora de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*



Número 187, septiembre-octubre 2014  
Fundada en 1966

*Edición:* Carmina Estrada  
*Redacción:* Itzel Rivas Victoria  
*Asistencia secretarial:* Lucina Huerta

*Diseño original:* Rafael Olvera  
*Diseño de este número:* María Luisa Martínez Passarge  
*Imagen de portada:* Omar Mendoza Linares  
*Ilustración de este número:* Utopía Gráfica, A.C. (Teresa Olmedo,  
Emanuel Cárdenas y Antonio Domínguez)  
*Impresión en offset:* Imprenta de Juan Pablos S.A.  
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen  
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.  
Tel.: 56 22 62 01  
Fax: 56 22 62 43  
correo electrónico: [puntoenlinea@gmail.com](mailto:puntoenlinea@gmail.com)  
[www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)  
[www.puntoenlinea.unam.mx](http://www.puntoenlinea.unam.mx)

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,  
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Este número de *Punto de partida*, dedicado a la segunda entrega de ganadores del concurso 45, abre con dos poemas de Balam Rodrigo, autor de casa que nos comparte un adelanto de su libro *Desmemoria del rey sonámbulo*, de próxima aparición en Ediciones Montecarmelo/Secretaría de Cultura de Guerrero.


En cuanto al material del concurso 45, presentamos los textos premiados en Cuento Breve: “Letras verdes”, de Enrique Popoca, y “En la boda”, de Alfredo Álvarez. En el primero, las protagonistas —las letras— avanzan en lluvia suave. El segundo, vertiginoso, cierra la fiesta con un giro sorprendente.

Incluimos también las series premiadas en Gráfica: por un lado, “De lo humano”, de Omar Mendoza, tintas que destacan por su factura y sencillez; y, de corte más conceptual, las pisadas que recorren los “Mapas de la memoria” de Rodrigo Rosas.

En Crónica, “Racimos de odio” es una notable muestra del camino que recorre el género desde lo puramente periodístico hacia lo literario: Cristóbal Apanco narra en una prosa cuidada, bella, un episodio atroz que puede ser ése o muchos otros. Por su parte, en “Templo”, Saúl Sánchez Lovera retrata la noche en un antro que se ha convertido en paradigma de la vida nocturna gay de la Ciudad de México, el Marrakech.

El jurado de Traducción Literaria optó esta vez por la audacia de Ana Terán, quien no se limita a traducir un fragmento sino que emprende una pequeña antología de excelentes poemas de poetas insignes —Plath, Sexton, O’Hara, Gregg— en su “Jugar al eco al aire libre”. Por su parte, Enrique Popoca —otra vez ganador— elige un pasaje de Marguerite Yourcenar para ofrecer su versión de la obra de la narradora francesa.

Esta revista presenta también un *dossier* dedicado a los ganadores de premio en el concurso La crónica como antídoto, convocado por el Centro Cultural Universitario Tlatelolco, la Dirección General de Fomento Editorial y la Dirección de Literatura, a propósito del 50 aniversario de uno de los proyectos de vivienda urbana emblema del México moderno: la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlateloco, enclavada en una zona que es referente histórico de la ciudad desde la época prehispánica. El resultado son las tres crónicas que publicamos hoy, las cuales, además de haber sido premiadas, fueron trabajadas en un taller impartido por la cronista Magali Tercero. El número se completa con un cuento de Ana Fuente Montes de Oca y una reseña de Gabriel Woltke sobre el más reciente poemario de Manuel de J. Jiménez.

Especial mención merecen las imágenes que discurren por estas páginas a manera de discurso paralelo. Se trata de una muestra del trabajo del taller de producción artística Utopía Gráfica, A.C., formado por Teresa Olmedo, Antonio Domínguez y Emanuel Cárdenas. Los tres, en técnicas y estilos distintos, reflexionan acerca de la violencia visual a la que estamos sometidos desde la prensa; tres espléndidos enfoques al tema, un recordatorio de que los medios nos hacen parte, queramos o no, del espectáculo del horror y la violencia. 

Carmina Estrada

# Dos poemas

Balam Rodrigo

## **Afilador de cuchillos monta náutico *Samsara* (léase, dígase o escríbase aquí: *bicicleta costeña*)**

Un oscuro afilador  
da vuelta al *samsara*  
sobre el que monta  
y pedalea el eterno retorno  
que vuelve una y otra vez  
por las playas del cuchillo:

El chisporroteo que sale de su filo  
corta el mar y la palabra *c o r t a r*.

¿Afilará una daga,  
esta lengua bruñida  
por la espuma  
o un pez de plata  
desnuda y mercurial?



## Pez vela

Tres dagas negras  
puestas al sol que las carcome  
y roe su filo.

Veo, por vez primera, solar terna  
de filosas dagas, desolladas:

Con la vela extendida  
el *pez vela* su muerte.

Duermen.

Sueñan tres dagas negras  
con el vuelo:

Su muerto filo corta  
la voz y la mirada,  
las aguas, el viento.

**Balam Rodrigo** (Villa de Comaltitlán, Chiapas, 1974). Exfutbolista, biólogo por la UNAM y diplomado en teología pastoral. Su obra ha merecido más de treinta premios de carácter internacional, nacional, regional y estatal, entre otros: Premio de Poesía Joven Ciudad de México 2006, Premio Nacional de Poesía San Román 2007, Premio Nacional de Poesía Alonso Vidal 2010, Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2011, Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta 2011, Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2012, Premio Nacional de Poesía Rosario Castellanos 2013 y Juegos Florales Nacionales de Ciudad del Carmen 2014. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA) en la disciplina de Letras.

pp. 10-11: Teresa Olmedo, *La casa te permite a uno soñar en paz* (detalle), linóleo e hilografía, 56 x 76 cm, 2014





Concurso 45 | Segunda entrega

# Concurso 45

## Premios y menciones



### CRÓNICA

#### Primer premio

*Los racimos de odio*

Cristóbal Manuel González Apanco  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,  
Plantel Del Valle

#### Segundo premio

*Templo*

Saúl Florentino Sánchez Lovera  
Centro Universitario de Estudios  
Cinematográficos-UNAM

#### Mención

*Real del Monte: perenne añoranza mineral*

Alejandro Salvador Ponce Aguilar  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

JURADO: Emiliano Pérez Cruz y Magali Tercero

### CUENTO

#### Primer premio

*Nieve*

Lena Abraham  
Facultad de Filosofía y Letras/ Instituto de  
Investigaciones Filológicas-UNAM

#### Segundo premio

*Lucía*

María del Carmen Martínez López  
Escuela Nacional de Música-UNAM

#### Menciones

*Lo que habita en la cabeza*

Víctor Roberto Carrancá de la Mora  
Universidad Iberoamericana-Puebla

*Ahí vienen los muertos*

Enrique Ángel González Cuevas  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*La albacea*

Alejandro Espinosa Fuentes  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Andrés Acosta, Gonzalo Soltero y  
Daniela Tarazona

### CUENTO BREVE

#### Primer premio

*Letras verdes*

Jorge Enrique Popoca López  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

#### Segundo premio

*En la boda*

Alfredo Álvarez Ocampo  
Facultad de Ingeniería-UNAM

### Menciones

*El castigo de Prometeo*

Manuel Adrián Chávez Pérez  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Australiana*

Melissa Estefanía Muñoz de la Torre  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

*El gallo de Verónica*

Oriana Jiménez Castro  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Mi sostenido o el del descuido*

Tonatiuh Chan Higareda  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán-UNAM

*Paciencia*

Claudia Alejandra Cario Valverde  
Centro de Cultura Casa Lamm

JURADO: Rowena Bali, Marcial Fernández  
y Jorge F. Hernández

### ENSAYO

#### Primer premio

*Cacerías y fraudes vulgares*

José de Jesús Palacios Serrato  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,  
Plantel San Lorenzo Tezonco

#### Segundo premio

*Insectario de retórica (Teoría poética de los  
insectos)*

Lázaro Tello Pedró  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,  
Plantel San Lorenzo Tezonco

#### Menciones

*La inclinación: La aventura contemporánea  
de Sísifo*

Canek Sandoval Toledo  
Universidad Veracruzana

*Todos los caminos llevan a Ítaca*

Pamela Elizabeth Flores López  
Universidad Pedagógica Nacional

JURADO: Eduardo Huchín, Javier Perucho  
y Brenda Ríos

### FOTOGRAFÍA

#### Primer premio

*Sonidos de Ehécatl*

Laura Elizabeth Pérez Santana  
Universidad Autónoma del Estado de México

#### Segundo premio

*Luchas de barrio*

Ulises Valderrama Abad  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

#### Menciones

*Presencia efímera*

Libo Ariel González Aguirre  
Universidad Autónoma de Baja California/UNAM

*Cremallera*

Mariana Salazar Alva  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Autodefensas a escena*

Alejandro Dayan Saldívar Chávez  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Desnudo erótico*

Mauricio Sánchez Ramírez  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

JURADO: Vicente Guijosa, Javier Hinojosa  
y Francisco Kochen

### GRÁFICA

#### Primer premio

*De lo humano*

Omar Mendoza Linares  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

#### Segundo premio

*Mapas de la memoria*

Rodrigo Rosas Torres  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

#### Menciones

*Siete cuerpos*

Eric Daniel Lozano Ramírez  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Sombra*

Ramón Eduardo Izaguirre Hernández  
Instituto SAE

JURADO: Gilda Castillo, Víctor Guadalajara  
y Luis Miguel Valdés

### POESÍA

#### Primer premio

*panam-verdes*

Julio César Suárez Cervantes  
Universidad Veracruzana

#### Segundo premio

*Cherán: Todos los árboles del mundo*

Refugio Armando Salgado Morales  
Instituto McLaren de Pedagogía Crítica

#### Mención

*Crónicas de un otro día*

Carla Xel-Ha López Méndez  
Universidad de Guadalajara

JURADO: Rocío Cerón, Ernesto Lumbreras  
y Mónica Nepote

### TRADUCCIÓN LITERARIA

#### Primer premio

*Jugar al eco al aire libre* (varios autores)

Ana Lucía Terán Cornejo  
Universidad de Sonora

#### Segundo premio

*Clitemnestra o el crimen* (Marguerite Yourcenar)

Jorge Enrique Popoca López  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

#### Menciones

*Dos textos de Amiri Baraka*

Dante Anaya Saucedo  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*El mar de cerca* (Albert Camus)

Théo Dominique Dufétel Piñón  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Tanya Huntington y Eduardo Uribe

## Segunda entrega

CUENTO BREVE/ Jurado: Rowena Bali, Marcial Fernández y Jorge F. Hernández

*Letras verdes* / Primer premio

Enrique Popoca

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*En la boda* / Segundo premio

Alfredo Álvarez Ocampo

Facultad de Ingeniería-UNAM

CRÓNICA / Jurado: Emiliano Pérez Cruz y Magali Tercero

*Los racimos de odio* / Primer premio

Cristóbal Apanco

Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Plantel Del Valle

*Templo* / Segundo premio

Saúl Sánchez Lovera

Centro Universitario de Estudios Cinematográficos-UNAM

GRÁFICA / Jurado: Gilda Castillo, Víctor Guadalajara y Luis Miguel Valdés

*De lo humano* / Primer premio

Omar Mendoza Linares

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Mapas de la memoria* / Segundo premio

Rodrigo Rosas Torres

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

TRADUCCIÓN LITERARIA / Jurado: Tanya Huntington y Eduardo Uribe

*Jugar al eco al aire libre* (varios autores) / Primer premio

Ana Terán Cornejo

Universidad de Sonora

*Clitemnestra o el crimen* (Marguerite Yourcenar) / Segundo premio

Enrique Popoca

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

# Letras verdes

Enrique Popoca

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

*Para J. M.*

Un creciente rumor de letras corría escaleras abajo e inundaba de consonantes y vocales el suelo donde se apostaba la imperturbable geodésica amarilla. Surgía una detrás de otra, en una cascada que parecía no tener fin. La corriente gráfica llegó hasta los pies de los despreocupados transeúntes, quienes no cayeron en la cuenta de que legiones enteras de minúsculas íes, eses, as y jotas se disponían a asediar sus zapatos: ya estaban cargando las catapultas con pesadas consonantes plosivas y las tes revestían de acero su cabeza para hacer de arietes. No duró mucho el asalto, pues la catarata, en un enfurecido desfogue fónico, arrojó un caudal que salpicó paredes y empapó a los diversos peatones de erres, os, emes y es hasta los huesos. La tormenta pasó inopinadamente a ser un ciclón escrito: sibilantes huracanadas y truenos fricativos azotaban el paisaje. Escaparon al cielo las hojas y se prostraron de raíces árboles, arrancados de cuajo, sin que ninguno de los caminantes intentara siquiera interrumpir su marcha y refugiarse. La vorágine de caracteres ya había formado un mar, que pronto se vio surcado por toda una flota, desesperada en el temporal, formada de navíos de todas las clases (esforzados trirremes romanos, un perfumado trasatlántico del siglo XX, emplumadas trajineras y algunas goletas con deshinchadas equis colgando del mástil), en los que se embarcaban los imperturbables paseantes, escurriendo sílabas enteras entre sonrisas y bromas. Nostálgicas, las letras rememoraron lenguas muertas y pasajes olvidados: allí Antonio y Cleopatra, en jergológica huida; allá Medea, zozobrando en incomprensibles declinaciones; más allá Simbad, armado de aljamiadas cimitarras; por aquí Cervantes, manco como una erre. Una multitud de escritores y amanuenses, copistas y filólogos, se mezcló con los aún ignorantes andariegos, y en un momento dado fue imposible diferenciarlos a unos de otros, vueltas las células en morfemas, seccionadas las voces en fonemas.

En lontananza, una alta figura masculina, temeraria sin duda, apareció de improviso y comenzó a aproximarse con premura hacia la costa. En tres pasos tocó Liverpool, Suez y Shanghái, y no se embarcó el hombre en ninguna nave, sino que se aproximó a las olas y caminó por encima de los ideogramas, salvando escollos de ásperas guturales. No tardó mucho en cruzar. Sabía a dónde se dirigía y no perdería tiempo resolviendo el interminable océano de crucigramas. Al fin, se aproximó a la fuente sustantiva de

**Enrique Popoca** (Pachuca, Hidalgo, 1993). Estudia Letras Clásicas en la UNAM. Algunos textos suyos han sido publicados en las antologías del Festival Universitario de Día de Muertos (2010, 2011 y 2013). Es colaborador en *Trama Magazine* <trama-mag.mx>, publicación de arte y moda.

aquel vórtice manuscrito. Subió decidido los escalones con ágiles zancadas, formando vados al apenas plantar sus pies. Sus pasos hacían gritar desquiciadamente a cada letra, a cada rasgo. El hombre se detuvo. Aparté el libro de mi vista. Cruzamos las miradas. Cesó la borrasca. Naufragaron los barcos. Se evaporó el mar. Sonreí.

Sus ojos estaban pintados por diminutas letras verdes. ♪



Antonio Domínguez, *El estado bacante del éter lunar*, aguafuerte, aguainta y collage, 40 × 62 cm, 2005

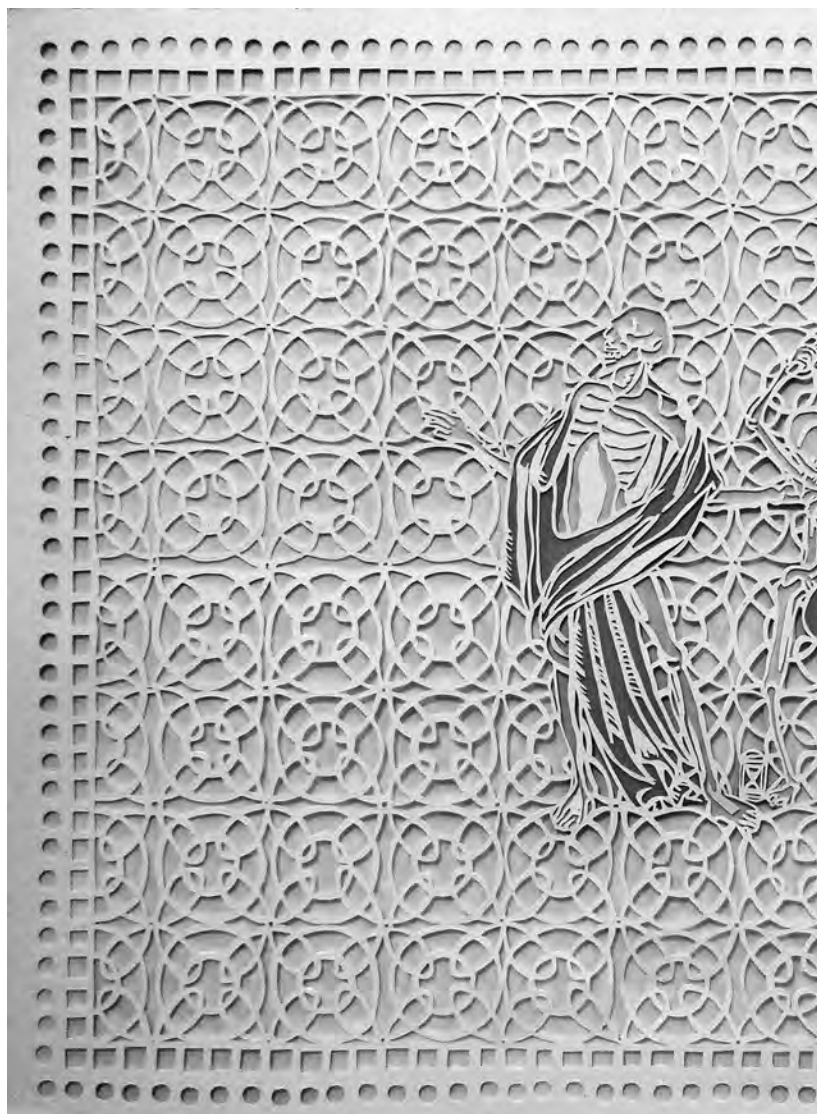
# En la boda

Alfredo Álvarez Ocampo

FACULTAD DE INGENIERÍA-UNAM

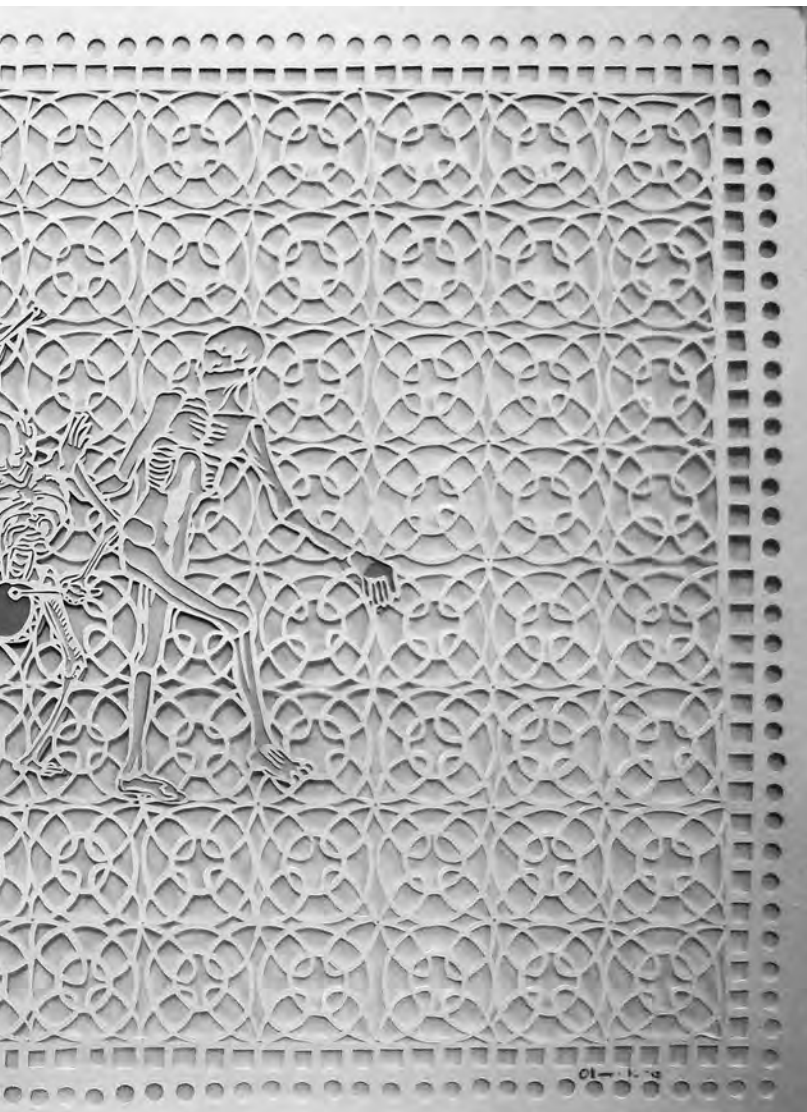
Las había de muchos colores, de todos los tamaños y complejiones. A la víbora, víbora de la mar... Todas en fila, tomadas de la cintura y meneando las caderas. De la mar... La mujer parada sobre una silla. Por aquí pueden pasar... Y el marido sosteniendo la cola. Los de adelante corren mucho... Los caballeros desde las mesas viendo el espectáculo. Y los de atrás se quedarán... Compartiendo sonrisas con las damas. Tras, tras, tras... Unas muy escotadas y otras tapando sus lonjas con mascadas. Una mexicana que fruta vendía... Dando vueltas por la pista de baile. Ciruela, chabacano, melón o sandía... ¿El pastel fue de tres leches? ¡Verbena, verbena...! Mesero, una cuba bien cargada. Jardín de matatena... La luna de miel en Acapulco. ¡Verbena, verbena...! Señoritas cuarentonas buscando cambiar de título. La Virgen de la Cueva... Ya no aguanto los tacones. Campanita de oro... El sagrado matrimonio. Déjame pasar... Me puse a dieta para caber en el vestido. Con todos mis hijos... Hasta que la muerte los separe. Menos el de atrás... Empiezan a juntarse en bola a espaldas de la esposa. Tras, tras, tras... ¿Quién será la próxima? ¡Una...! La recién casada mueve el ramo de flores en su mano. ¡Dos...! Todas con deseos de atraparlo. ¡Tres...! Ahí va volando el ramito por el salón de fiestas. A un lado, malditas... Y va a caer en las manos de una jovencita. Expectativa, sorpresa, conmoción... Todos se acercan a felicitarla. Es que yo... Sus

Teresa Olmedo, *La danza mortal venid*, calado a mano, 38 × 56 cm, 2013





**Alfredo Álvarez Ocampo** (Ciudad de México, 1993). Estudiante de Ingeniería Eléctrica Electrónica en la Facultad de Ingeniería de la UNAM. Ha participado en los talleres de Narrativa y Crítica Literaria y de Poesía en la Casa del Lago Juan José Arreola.



padres la escuchan emocionados. No puedo... El público suspira ante semejante inocencia. Simplemente no puedo... De qué hablas, hija, no tienes por qué casarte, son sólo supersticiones. No es eso... Nadie en la fiesta esperaba esa réplica. Es sólo que... Las orejas atentas a los labios de la jovencita. Es que yo... Las especulaciones sonando en las cabezas. Soy gay... ¡Oh! Soy lesbiana... Se desatan los murmullos. Lencha... Hasta convertirse en cacareos. Lechuga... Las exclamaciones de la concurrencia. Volteada... Despiertan a los dormidos. Tortilla... Se aceleran los corazones. Tijereta... Por semejante calumnia. Cambuja... El padre palidece. Soldadora... Y la madre se desmaya. Granizada... La esposa furiosa. Come concha... Por no ser la estrella de la noche. Manflora... Una mesera. Tomboy... Parece empezar a coquetearle. Mata indias... El padre se disculpa. Sombreruna... No saben cómo lo lamento, nos vamos. Lame coños... Los padres salen con la mirada fija en el suelo, no aguantan la vergüenza de que en su propia familia haya gente de esa clase. Suben al auto sin decir una sola palabra, en sus ojos se ve la decepción, no sólo de tener una hija diferente, sino de una vejez sin nietos. La jovencita asciende al vehículo después de ellos, se fue en el asiento de atrás. Tras, tras, tras... P

# De lo humano

Omar Mendoza Linares

FACULTAD DE ARTES Y DISEÑO-UNAM



Todas las imágenes de la serie:  
tinta/papel, 20 × 17 cm, 2014





**Omar Mendoza Linares** (Ciudad de México, 1993). Estudia Artes Visuales en la Facultad de Artes y Diseño, UNAM. Ha participado en exposiciones colectivas como *Mosaico de instantes* (Antiguo Café de Nadie, 2013), *Siete de lo humano de los capitales* (Casa del Periodista, 2013) y *Posada. Homenaje* (Galería Luis Nishizawa, 2013).









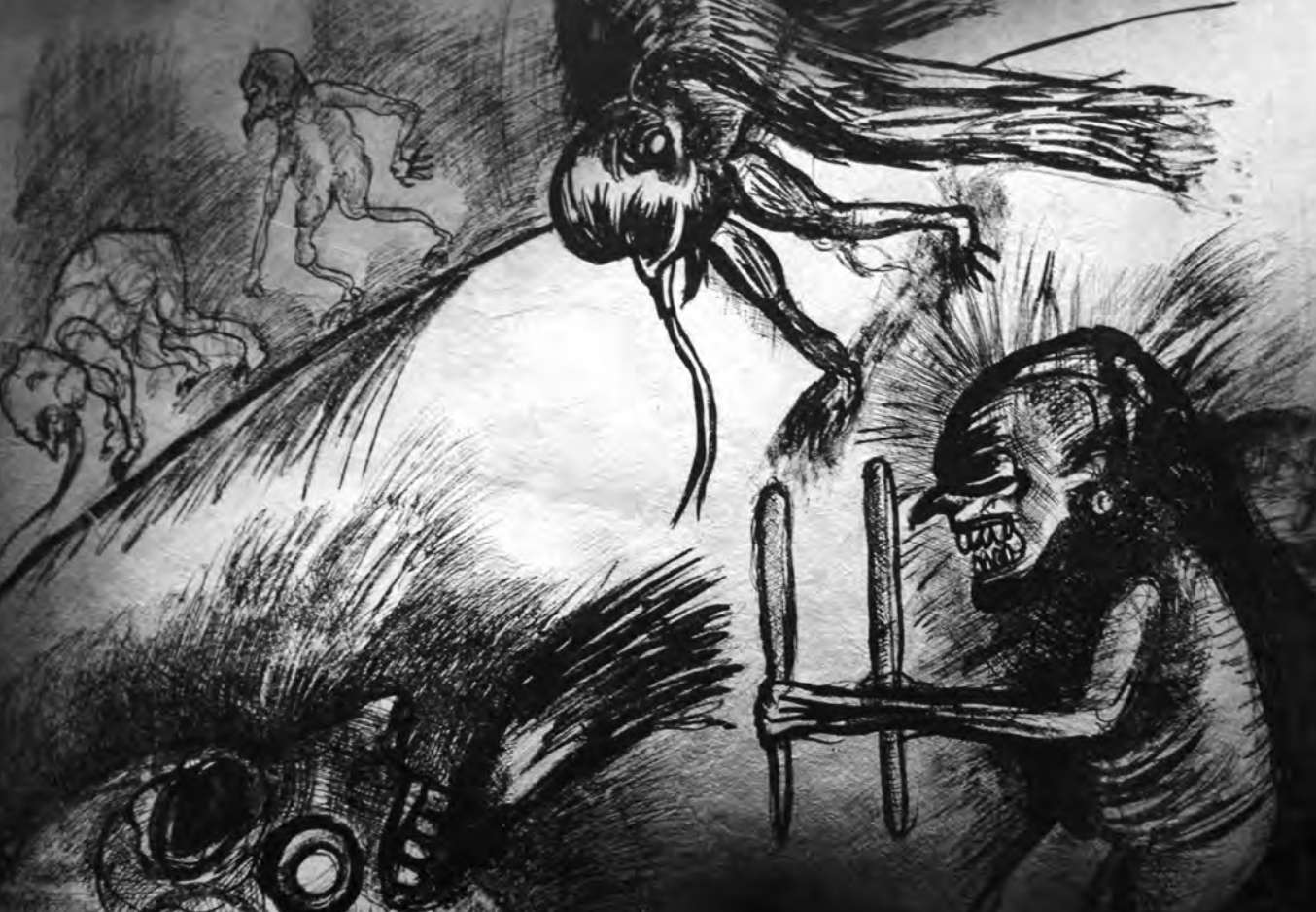


# Los racimos de odio

Cristóbal Apanco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO, PLANTEL DEL VALLE

**M**ayo 21, 5:30 a.m. La puerta suena. Insistentemente alguien toca la puerta y dice mi nombre con voz fuerte pero a la vez trémula. ¡Cristóbal! ¡Cristóbal! ¡Cristóbal! Qué pasó, respondo. Que ya viene el desalojo, me dice la voz. Aún es de noche, el sol no se ha animado a rasguñar con su luz el cielo. Hace frío, un frío profundo que se mete por los orificios de la casa, que humilde nos defiende de la noche. Me levanto. Veo a mi esposa y a mi hijo durmiendo. Me muevo en la cama aún con sueño mientras las palabras Ahí viene el desalojo se van comiendo mi cansancio. Mi esposa se despierta. Qué pasó, mi amor, me pregunta. Era don Ernesto, vino a decirme que ya venía el desalojo, le contesto. Déjame ir a ver qué pasa. Me incorporo de la cama. Me visto. Abro la puerta. Afuera el viento sopla: un animal de aire se azota contra las ramas de los árboles. La noche es grande, es un ave inmensa que cobija al mundo con su plumaje. Siento las piedras ensartándose sobre las suelas endebles de mis sandalias. En lo alto de la calle veo un grupo de hombres. Es de noche y no distingo quiénes son. Tres hombres, una mujer y el cuerpo invisible de la incertidumbre forman el grupo hacia el que me dirijo. Me acerco, los rostros se definen y en ellos se aclara la preocupación afianzada en sus ojos. Que vienen un chingo de granaderos. Mi hijo se va temprano a trabajar y dice que hay un resto de camiones en Six Flags, nos dice don Venancio. Quién sabe si vengan para acá, dice don Ernesto. Por un momento la duda es un madero fuerte de donde sujetarse. Ojalá no sea para acá, deseo. Dentro de mí la esperanza es una veladora con la que me alumbro ingenuamente. La noche va cediendo. Pronto amanecerá, pero la luz no traerá consigo descanso. No saldrá el sol para ver un nuevo día, sino para arrojar con toda su violencia la imagen de escombros y tristeza que estarán por venir. Mi esposa llega y me pregunta que si sí viene, no hay palabra que salga de mi boca, sólo afirmo con la cabeza. Hay que sacar lo más que podamos. Hay cosas afuera. No es la primera vez que nos desalojan, hace exactamente una semana, el martes pasado vino el odio vestido de negro, capucha, casco militar, botas, navaja, pistola, metralleta y mucha lumbre que no abriga entre sus manos. Hace una semana miles de granaderos, fuerzas especiales, trabajadores de limpieza y altos mandos dejaron huella sobre este terreno. Hace una semana nuestros ojos se llenaron de dolor y los ojos de ellos de brillo y alegría al ver cómo caían nuestras casas, los pulgueros, como ellos los llamaron. Hace una semana familias enteras presenciaron cómo demolfan sus hogares. Hace una semana no nos dejaron nada. Las paredes de



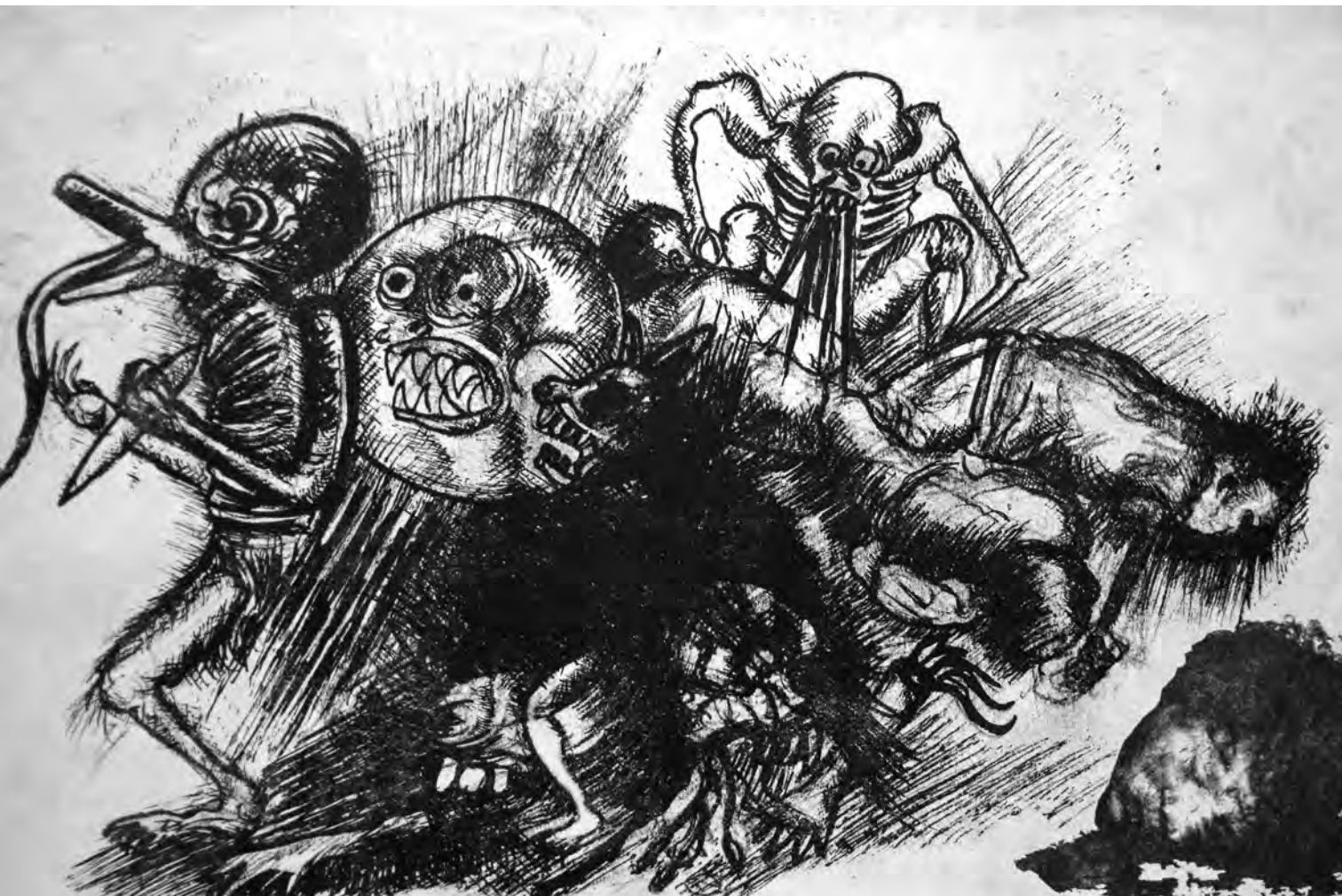
Emanuel Cárdenas, *Las penas paren*, siligrafía, transferencia y aerosol negro, 40 × 60 cm, 2012

madera fueron cargadas por manos desconocidas y arrojadas a las cajas de camiones de basura y volteo. Lo mismo techos, láminas, ropa, trastes, juguetes, fotografías, documentos, recuerdos y días enteros vividos dentro de nuestros hogares. Pulgueros donde se amaba, se soñaba, se anhelaba. Pulgueros que abrigaban con amor y ternura del frío y de la lluvia. Pulgueros que abrían los brazos cuando se llegaba cansado del trabajo. Pulgueros donde no había pulgas, sólo la clase trabajadora necesitada de vivienda. Hay que sacar lo más que se pueda le digo a mi esposa. Vamos bajando la calle y escucho a los vecinos que cargan sus cosas fuera de sus casas. Suben más vecinos en camionetas y confirman los rumores. ¡Son un chingo! ¡Vienen un madral de granaderos y muchos judiciales! Otra vez vienen los que se visten con las entrañas de la noche. El día comienza a gatear, intenta dar sus primeros pasos pero aún es muy temprano. Sobre el horizonte una mancha encendida de sangre da cuenta de la muerte de la oscuridad y el nacimiento del día. La mancha se diluye, pasa del rojo al naranja para quedar en un amarillo que verá con los ojos abiertos un desalajo más. Mi esposa comienza a llorar mientras sacamos el refrigerador, los muebles. Mi hijo sigue dormido, el sueño es una trinchera noble que lo asegura de la prisa y de la desesperación que muerde en ese momento. Me detengo a verlo y recuerdo la crónica del martes pasado cuando una niña le dijo al granadero que él también tenía una niña y no tendría corazón para tirarle su casa, ante la pregunta ¿verdad que no vas a tirar mi casa? el

**Cristóbal Apanco** (Ciudad de México, 1983). Estudia Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Es escultor, ilustrador y pintor autodidacta.

granadero se puso a llorar. Ay, hijo mío, el mundo es un lugar terrible si no te llenas el corazón de amor macizo para caminar en él. Lo beso y sigo acarreado para afuera las cosas. No hay tiempo para guardar con cuidado todo. El reloj es un rifle que apunta directo a mi cabeza. Guardo lo que puedo no sin embarrarlo de tristeza, de odio, de angustia, de dolor. Cajas llenas, botes llenos, cobijas que quedan como vientre preñado. Afuera no es distinto, se levanta el polvo de los pasos rápidos, de los cuerpos que cargan desesperados tambos, muebles, ropa. Mentira que carguen sólo eso. Tras la mujer que lleva como un enorme tumor la bola de ropa vienen arrastrando los días vividos, los días que se aspiran a vivir, las historias, varias, que cuelgan de camisas, pantalones, blusas y zapatos porque si uno no se lleva lo suyo los de negro se lo llevarán. Sobre la calle de terracería se escucha agua. Un río pequeño que se libera de los tambos vertidos en el suelo. Un río diminuto que más parece llanto acumulado que río. Mujeres y hombres siguen cargando. Mi esposa y yo seguimos sacando cosas. Ya es de día, ya la luz muestra al desnudo la desesperación. Las camionetas bajan cargadas de cosas, los carros bajan cargados de cosas y la fuerza pública sube cargada de odio. Lo que se salvó se salvó. Se escucha un grito, ¡todos para abajo porque vienen aprehendiendo gente! Lo que se salvó se salvó, lo demás se lo lleva la chingada. A la chingada los juguetes y la risa del niño. A la chingada la estufa y el pan de mañana. A la chingada la cama y las caricias de los que se aman. A la chingada los recuerdos porque también la máquina pasará sus llantas sobre sus latidos. Nosotros no guardamos nada, no pudimos bajar nada y sólo llevamos lo que nuestras manos soportan: una bolsa con documentos, un par de cobijas, nuestra mascota y algo que vibra de manera horrible en todo el cuerpo y el alma. ¡Vámonos ya! ¿Pero las cosas? Me dice mi esposa. Se van a perder, las van a romper y a robar, le respondo. No avanzamos. No podemos dar un paso. ¿Las cosas se van a quedar? Me vuelve a repetir mientras veo cómo caen sus lágrimas. Te necesito entera, te necesito aquí, le digo. Contengo las ganas de llorar. ¡Cristóbal! ¿Las cosas? Me dice. La abrazo. Callo. Siento cómo se vuelve agua de pies a cabeza, no abrazo a mi esposa, abrazo un llanto que me ama. ¡Se van a quedar chingadamadre ya vámonos! La empujo, se resiste a irse. ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡No importa, luego veremos cómo las recuperamos! La gente baja rápido. ¡Ya vienen y están agarrando a quienes se queden! Veo a mi esposa que viene llena de tierra en sus ropas, en su cara, en sus manos. En su mano izquierda trae a nuestro hijo y en

la derecha una bolsa y una cobija. Gritos, carreras, todos traen algo en los hombros, en la espalda, en las manos. Es un caos de gente, como cuando de niño travieso me paraba en el hormiguero y lo deshacía, entonces salían corriendo las hormigas sin dirección, sin saber qué pasaba o qué hacer. Sólo carrera que es la mejor canción que la angustia canta. Atrás las cosas y mi esposa que camina lento como si todos los muebles se le hubieran amarrado a los pies y fuera pesado dar el paso. ¡Vámonos ya que nos van a agarrar! Ella llorando, mi hijo llorando y yo empujándola para que avance. Me regreso a ver qué puedo salvar y ella me grita que ya dejemos todo, que ya nos vayamos. La gente grita, el miedo grita. Métase aquí, meta aquí sus cosas, algunos vecinos hacen caso. Por un momento la colonia se vuelve una madre amorosa que guarda a sus hijos en su regazo y ellos complacidos se refugian en su calor. Nosotros no salvamos nada, vamos camino abajo, se acercan amigos nuestros a tranquilizarnos, a decir que todo estará bien que las cosas no valen que luego se recuperarán, pero es mentira, las cosas no se recuperan porque traen más que clavos y madera añadidos. Mentira porque aquel mueble, porque aquella mesa no tendrían que terminar así. Tendríamos que seguir comiendo en ella y no ser destruida a barretazos. Tendríamos que descansar en aquel sillón y no ver cómo lo desgarran con picos y estirones. Vendrá otro sillón, otra mesa, pero lo vertido en ellos, el descanso, la protección quedará entre los escombros que los camiones se llevan. Sobre las casas pasan las máquinas, los trabajadores de limpia juegan a las guerritas con los trastes, brincan sobre los muebles, los rompen con tanta diversión que la risa corona el día. Es una fiesta, la burla, la carcajada, el chiste se visten con la desnudez de los agredidos. Es un circo, los hilos de las marionetas se tensan y las marionetas rompen todo a su paso. Despojan, violan, intimidan. Marionetas vestidas con uniformes blindados. Marionetas que portan siglas PGJ, SSP, Protección Civil, Secretaría de Medio Ambiente, etc. Nos escondemos, se ha desatado la bestia y tritura con sus fauces y garras una a una las casas. Una a una son derribadas bardas, puertas, ventanas. Los pequeños trascabos blancos se mueven en busca de carroña, algo que devorar, algo que derribar y lo encuentran. Dentro de las casas vecinas hay un muladar de pertenencias, casas repletas, preñadas, a punto de dar a luz. Los vecinos se esconden, se hermanan. Tristeza y rencor son nuestros padres. Hijos de una familia enorme que están dejando sin nada. Otra vez vino el LOBO FERROZ. En el primer desalojo, mi hijo me preguntó por sus cosas, por la casa y le dije que había venido el LOBO. Otra vez va a venir, le dije, y lo abracé. Mañana mi hijo sabrá que el tal lobo obedece a gente que quiere adueñarse del mundo y de las personas que en él habitan. Pasó el desastre, los bárbaros sudorosos se retiran y podemos salir a ver su horrible obra de arte. Las familias vuelven para ver qué pueden recuperar. Buscan entre los escombros algo que aún sirva. Se oye un chiflido. Los trabajadores de limpia suben corriendo por la calle, pasan algunos minutos, regresan con bolsas en las manos. Dentro de las bolsas se observa que va un montón de cosas, prendas de vestir, juguetes, trastes pequeños porque hay que robar pero no ser descarrados. El botín se reparte, sus altos mandos son saqueadores nobles que reparten sus riquezas. Vemos nuestro sombrero en la cabeza de una muchacha, nuestra herramienta en las manos de un señor. A manera de indignación les decimos que los cuiden,



Emanuel Cárdenas, *Lo que hoy está probado en otro tiempo era sólo imaginado*, siligrafía y transferencia, 40 × 60 cm, 2012

que los ocupen bien, pero no para tirar más hogares. Durante el desalojo pasado les gritamos a los granaderos que durmieran calentito porque nosotros íbamos a tener como cobija el cielo nublado. Creo que les faltaron más cosas, por eso se llevaron más. Un osito, un colchón, trastes sucios pero en buen estado, los enseres que sobrevivieron aparecen. Se cargan camionetas y carros pequeños con lo recuperado, pero hay que traer dinero en la cartera porque los granaderos cobran por dejar entrar y salir de los retenes puestos por ellos mismos. La desgracia de unos es gracia para otros. De quinientos a ochocientos pesos, las mudanzas se pelean los clientes. Lo que se salvó se salvó, recuerdo. Subimos a una mudanza lo que podemos recuperar, nos alejamos del lugar mientras la bestia negra sonríe dejando ver entre las comisuras de su hocico la baba espesa de un mal gobierno. ●

# Templo

Saúl Sánchez Lovera

CENTRO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS CINEMATográficos-UNAM

*Y me solté el cabello, me vestí de reina.  
Todos me miran.*

“Todos me miran”, Gloria Trevi

Son las diez de la noche; la Zona Rosa comienza a despertar y, mientras, yo pido cuatro de pastor con todo. El ajetreo de la calle Génova lo alimentan grupos de chicos que visten ropa entalladísima y de colores estafalarios. Caminan altivos, presumen elaborados peinados y se lanzan miradas que aniquilan. La elocuencia de sus cuerpos termina de formular una declaración en contra de una sociedad hipócrita que no acaba de decidir cómo mirarlos: si con sorna o con desprecio. Quizá sin saberlo —o con plena conciencia de ello, qué importa— los muchachitos de la Zona Rosa transgreden un sistema de valores que se empeña constantemente en oprimirlos. Sin embargo, estas calles les pertenecen: pronto, los antros de Amberes se verán repletos de jovencitos que bailarían coreografías bobaliconas en deplorable sincronía. Es sábado y la noche se pintará pronto de colores neón. Es sábado y la noche acrecienta su sed de carne. Es sábado y la noche reclama sus cuerpos.

Sin embargo, la meca se encuentra tres kilómetros al noreste por Paseo de la Reforma, en un congal pequeño de República de Cuba que, desde el nombre, promete una mezcla de exotismo y fiesta descontrolada: Marrakech Salón. Desde que “el Marra” comenzó a funcionar, el éxodo es inminente. La Zona Rosa se encuentra en lo que muchos califican como un periodo de franca decadencia, aunque imagino que las calles de la colonia Juárez no terminan de ser culpables, sino el tedio de

regresar siempre a los mismos lugares, caminar siempre por las mismas calles, cruzar siempre los mismos umbrales. El ánimo expansionista del hombre acabó invadiendo a la comunidad gay de la Ciudad de México. Termino de engullir mis cuatro con todo, camino hacia el metro Insurgentes y, como Dante, comienzo el descenso.

\*\*\*

*Bailando, bailando, amigos, adiós al silencio loco.*

“Bailando”, Paradisio

Dos anchos policías custodian la entrada del antro donde afloran los detalles abiertamente kitsch: una fachada verde limón, los rótulos de dos hombres con el torso desnudo y un letrero alumbrado con foquitos neón que, con orgullo, presumen al viajero que el paraíso perdido lleva como nombre Marrakech Salón.

El Marra se siente primero en la piel: el calor de cientos de cuerpos aglutinados en un espacio mínimo. Las cervezas corren con desparpajo, meseros musculosos las cargan en cubetas que sostienen sobre su cabeza, recorren el lugar con camisetas que dejan la totalidad de sus axilas a la vista. Algunos intentan meter su lengua entre aquellos sobacos, pero invariablemente los meseros logran huir con sonrisas en el rostro. Un diyei gordito reproduce cumbias desde un balcón en una de las esquinas del antro donde también las baila con movimientos arrítmicos, casi violentos. Los asistentes corean eufóricos las canciones de Selena Quintanilla, La Sonora Dinamita o Los Ángeles Azules. Aquí los sudores

**Saúl Sánchez Lovera** (Ciudad de México, 1994). Estudia Cinematografía en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, UNAM. Ha resultado ganador en concursos organizados por el FICUNAM, el ACNUR y la UIA. Colaboró en *Dilo Mirón*, suplemento para jóvenes del periódico *Excélsior*. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas para el Curso de Creación Literaria 2014, que se llevó a cabo en la ciudad de Xalapa.

propios y ajenos acaban invariablemente mezclados. El calor es la expresión más clara del desenfreno y del exceso, de las pasiones que terminan por nublar todas las razones. Las leyes de la física deben romperse: cientos de cuerpos habitarán, por una noche, un mismo espacio. Hay aquí un ánimo de purificar el espíritu entregándose a los placeres de la noche. El fin último es el éxtasis, olvidar que el mundo de fuera existe e imaginar que el paraíso se materializa en esta pista de baile. Y, ya bien entrada la noche, un fervor místico ha de poseernos; el ascetismo se baña de luces de neón.

Hoy pertenezco al grupo de los que acuden en solitario, *rara avis* en el Marrakech Salón, donde los grupos de amigos se apoderan de la improvisada pista de baile. Los solitarios, por tanto, hemos de formar refugios en los rincones. Vemos al Marra casi desde fuera, pero inexorablemente nos entregamos a su ascetismo neón. Nos mezclamos entre la multitud, camuflamos nuestra condición de solitarios. Nosotros lo entendemos mejor que nadie: en este mundo, el abismo más grande es la soledad. Suena una canción de Madonna, *time goes by so slowly for those who wait*.

\*\*\*

*You're so sexy, sex, sex, sexy.*

“Sexy”, French Affair

Para llegar al baño he tenido que cruzar el Marra de un extremo al otro. Mientras me abro paso veo a un articulista de derechos humanos entonar, a gritos casi profanos, una canción de Thalía; a una celebridad del internet que



Antonio Domínguez, *Poblado de espectros colectivos*, siligrafía, 76 × 56 cm, 2012

se abalanza sobre un chico mucho más joven y que, imagino, acaba de conocer; a un profesor de literatura mexicana de la Facultad de Filosofía y Letras que baila extasiado mientras varias manos acarician su torso desnudo; a un activista del medio ambiente que estudia cuidadosamente su alrededor: caza furtivo a su próxima presa. Hay chicos de todas las clases sociales, estudiantes de la Ibero o de la UNAM, habitantes de la Guerrero o del Pedregal. He aquí un ensayo para una sociedad futura y modélica, donde la música *dance* no ha de detenerse nunca y los polos de la megalópolis finalmente terminan unidos. El espíritu de la Ciudad de México se condensa en los pocos metros cuadrados que ocupa el Marrakech Salón: el caos de una ciudad esquizofrénica, el frenesí de una metrópoli sobrepoblada y repleta de estímulos.

Las paredes del Marra cuentan la historia de la cultura gay en la Ciudad de México: hay fotos de las redadas que la ciudad mantenía en contra de jóvenes afeminados en los años cuarenta; de un cholo trans ataviado como la Virgen de Guadalupe; de un hombre que planta sus nalgas desnudas frente a una inmensa fila de granaderos con el asta bandera del Zócalo como fondo; y, finalmente, de un hombre con el torso desnudo y pintarrajeado con los apelativos más ofensivos con que la sociedad mexicana ha estigmatizado a los homosexuales: putito, marica, joto. Pero aquí esas palabras se cargan con orgullo. Jotos. Putos. Maricones. El mensaje queda implícito: la lucha LGBT desemboca en el Marrakech Salón, en una celebración frenética, en una noche donde todos los deseos vedados salen de forma violenta.

A cierta hora de la noche, la transgresión deja de cobrar sentido. Abundan los descamisados y las parejas recién formadas que se besan cegadas por la pasión. Los excesos dejan de serlo y se convierten en norma. Ya nadie puede escapar a las canciones pop, a los sudores ajenos. En la barra, los más devotos al ascetismo neón bailan ante miradas llenas de envidia o admiración. Se trata de atraer el mayor número de miradas, de convertir al cuerpo en un objeto del deseo.

A medianoche, un *stripper* se sube a la barra y comienza a bailar. Es moreno y usa lentes oscuros. Ríe mientras decenas de pantallas de teléfonos celulares apuntan a



Teresa Olmedo, *Ezequiel 28*, hilografía y calado a mano, 28 × 38 cm, 2013

su cuerpo que, lentamente, se despoja de toda la ropa. Al final, termina completamente desnudo: una erección adorna su entrepierna. La multitud lo aclama, la sed de carne es ahora más intensa, los deseos son ahora más oscuros, la noche es ahora más neón. Inmediatamente después, una *drag queen* ocupa su lugar y hace *playback* de una canción de Paulina Rubio en la que se lamenta por haber recibido dolorosos “golpes al corazón”. Pero la Pau es abucheadá: aquí no se aceptan melancolías. El público del Marra clama por una canción que sirva de fondo para los excesos de la noche. Una baladita pop que los haga olvidar el mundo de fuera y les prometa que el amor y la noche serán eternos. Aquí las canciones han de servir como refugio. Entonces la Pau lo entiende y entona una canción distinta, “Boys Will Be Boys”.





\*\*\*

*Me provoca el bar, cada vez más fuerte.*

“El bar me provoca”, María Daniela y su Sonido Lasser

Salvador Novo escribía que el nuestro es un mundo soslayado de quienes se entienden con una mirada. Casi un siglo después, las miradas no bastan: hacen falta los roces y las caricias, los sutiles movimientos del cuerpo. Entonces, mientras bailo, una mano roza mi cintura.

—Me llamo Ulises, ¿y tú?

Ulises: barba tupida, moreno, delgado, labios gruesos, veinticinco o quizá treinta años, lentes de pasta azul rey. En suma, guapo. Le respondo, pero finge que no ha podido escucharme. Entonces me toma de la cintura con ambas manos y me obliga a repetir mi nombre en su oído. Finalmente sucumbo ante la noche: me encuen-

tro bailando frente a un hombre que acabo de conocer. Pero aquel que se entrega a la pasión ha de sufrir la pérdida del yo: nuestros cuerpos ya no nos pertenecen, sino a la noche. El mundo de afuera se convierte en ilusión y, de súbito, el tiempo corre lento, aletargado. Ulises y yo bailamos algunas horas, aunque quizá sólo hayan sido minutos. El dinamismo se ha vuelto flojedad, escribiría Alfonso Reyes: la maldición de Luzbel nos posee y altera nuestra percepción del espacio-tiempo. El calor. La música. Las luces. Las miradas. Los cuerpos. Los sudores. Las caricias.

—¿Nos vamos?

\*\*\*

Ulises y yo estamos en su departamento, donde, en solitario, comenzamos a descubrir el cuerpo del otro. Nos damos besos torpes y hacemos el amor. Finalmente la noche termina con un animal de dos espaldas: la sed de carne ha sido saciada.

Es de madrugada y Ulises duerme, pero yo no he podido conciliar el sueño. El suave bullicio de la colonia Anzures y la resonancia del Marra me lo impiden. Miro los pliegues de su espalda y de su cuello, la L que forma con el codo izquierdo y en la cual recuesta la cabeza; escucho su ronquido suave; juego con su sexo dormido; exploro el suave tacto de su piel desnuda. En su antebrazo leo un tatuaje: *He fallado el tiro de la vida; son las dos de la tarde*. Trato de descifrar su significado, pero caigo en un sueño profundo.

Despertamos tarde, nos miramos y sonreímos con complicidad. He de marcharme, así que me visto y le pregunto a Ulises qué significa el tatuaje de su brazo.

—Es una cita de Houellebecq sobre la existencia.

Ulises y yo nos damos un último beso que ha de servir como despedida. Ambos entendemos que sucumbimos a un hechizo que dura sólo una noche. Salgo de su departamento hacia un mundo distinto, alumbrado por la luz de la mañana, aquella que nos muestra realmente quiénes somos y qué tan solos estamos. **P**

# Mapas de la memoria

Rodrigo Rosas Torres

FACULTAD DE ARTES Y DISEÑO-UNAM



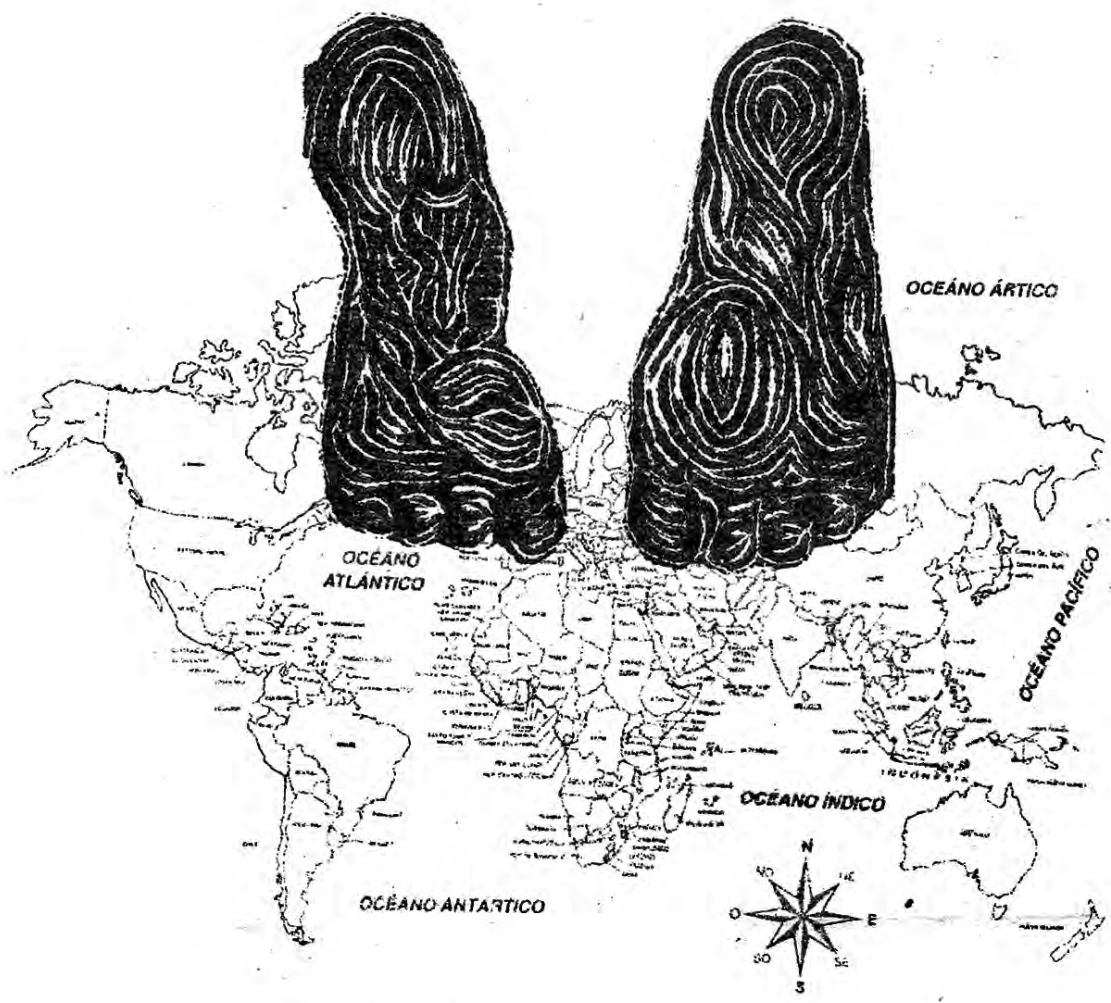
Todas las imágenes de la serie: xilografía y transferencia/papel, 21 x 14 cm, 2014

tesis de magisteria  
licenciatura en Ciencias  
de licenciatura en Histo-  
tesis de licenciatura en  
mía.

Programa de Especializa-  
Historia del Pensamiento  
en Lima y en la espe-  
la Universidad Nacional  
de la Amazonia

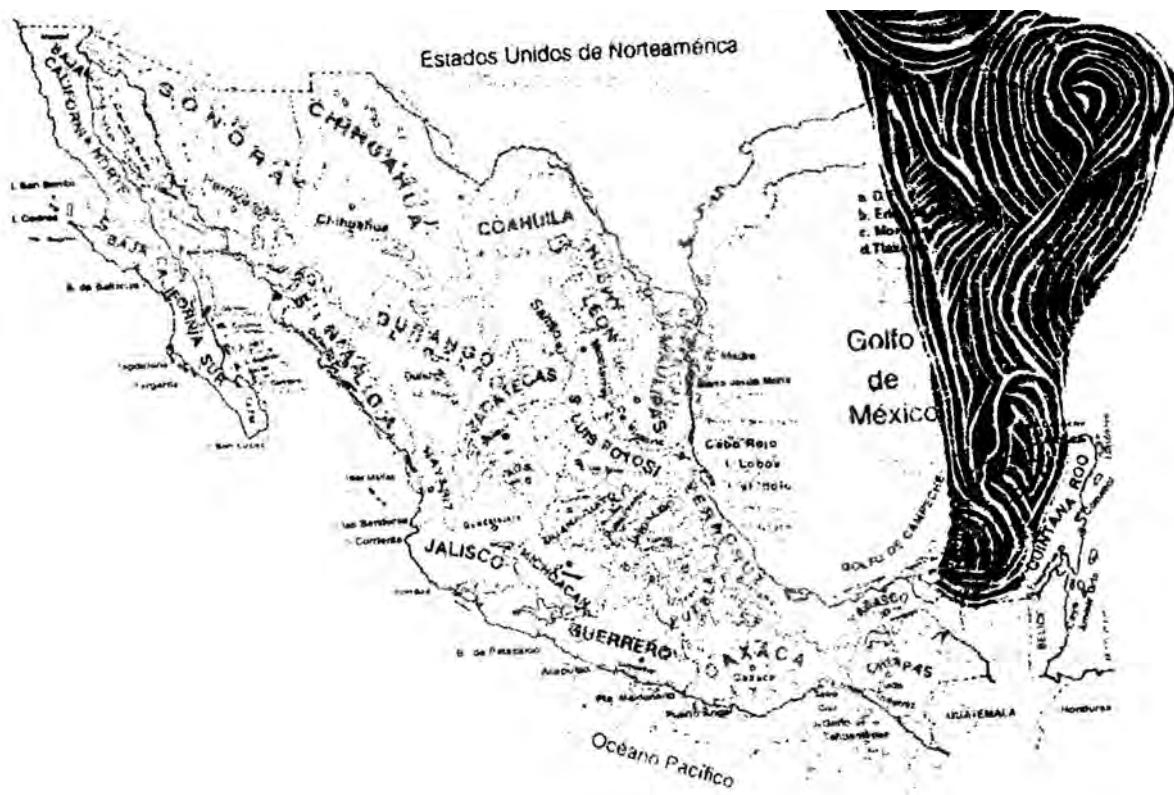


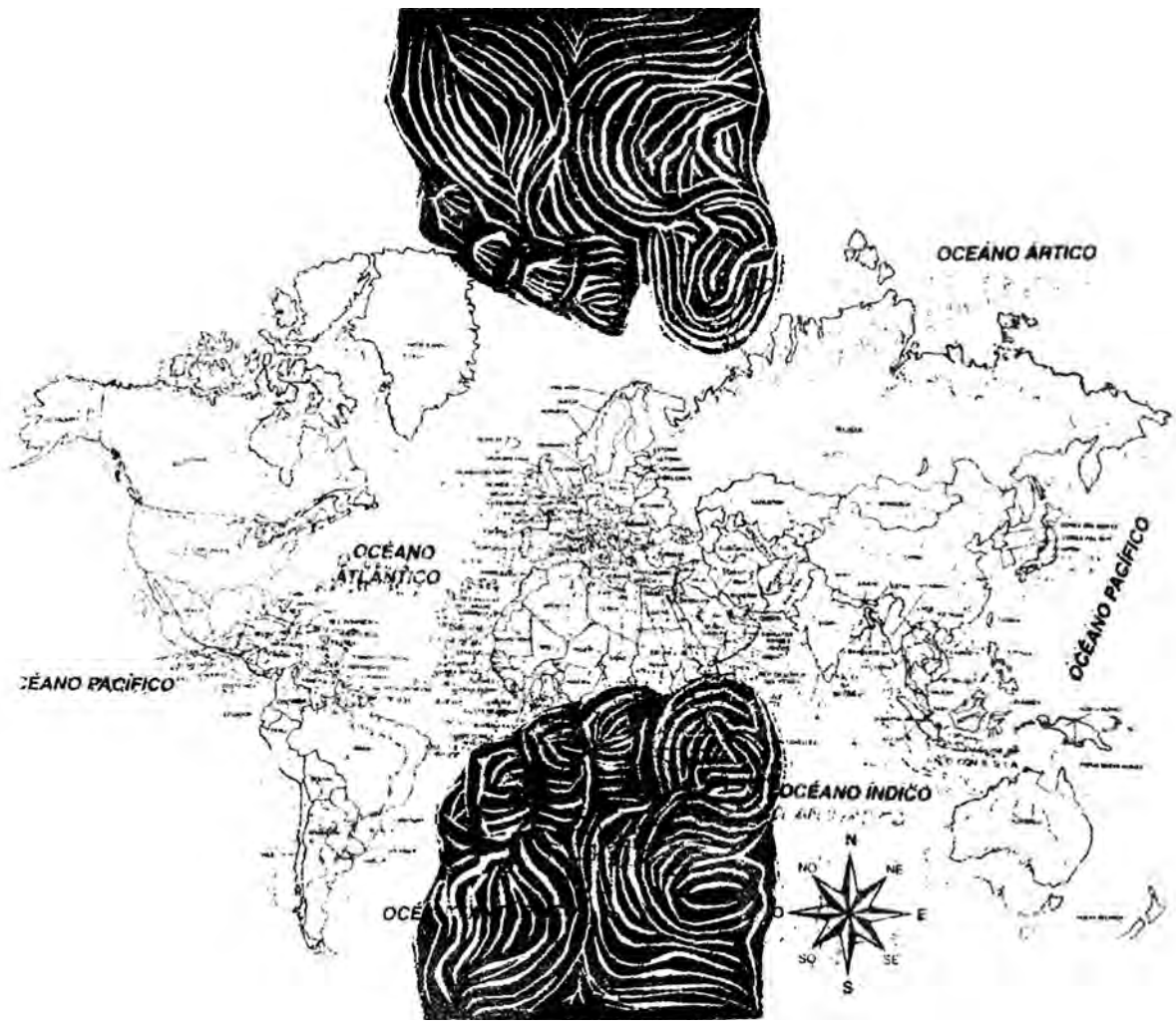
CO-ADJ  
DE INVE  
MISMO  
ECONOM  
MICO S  
UNIVER  
RECIPIC  
DE INVE  
ECONOM  
JESUS S  
tamp

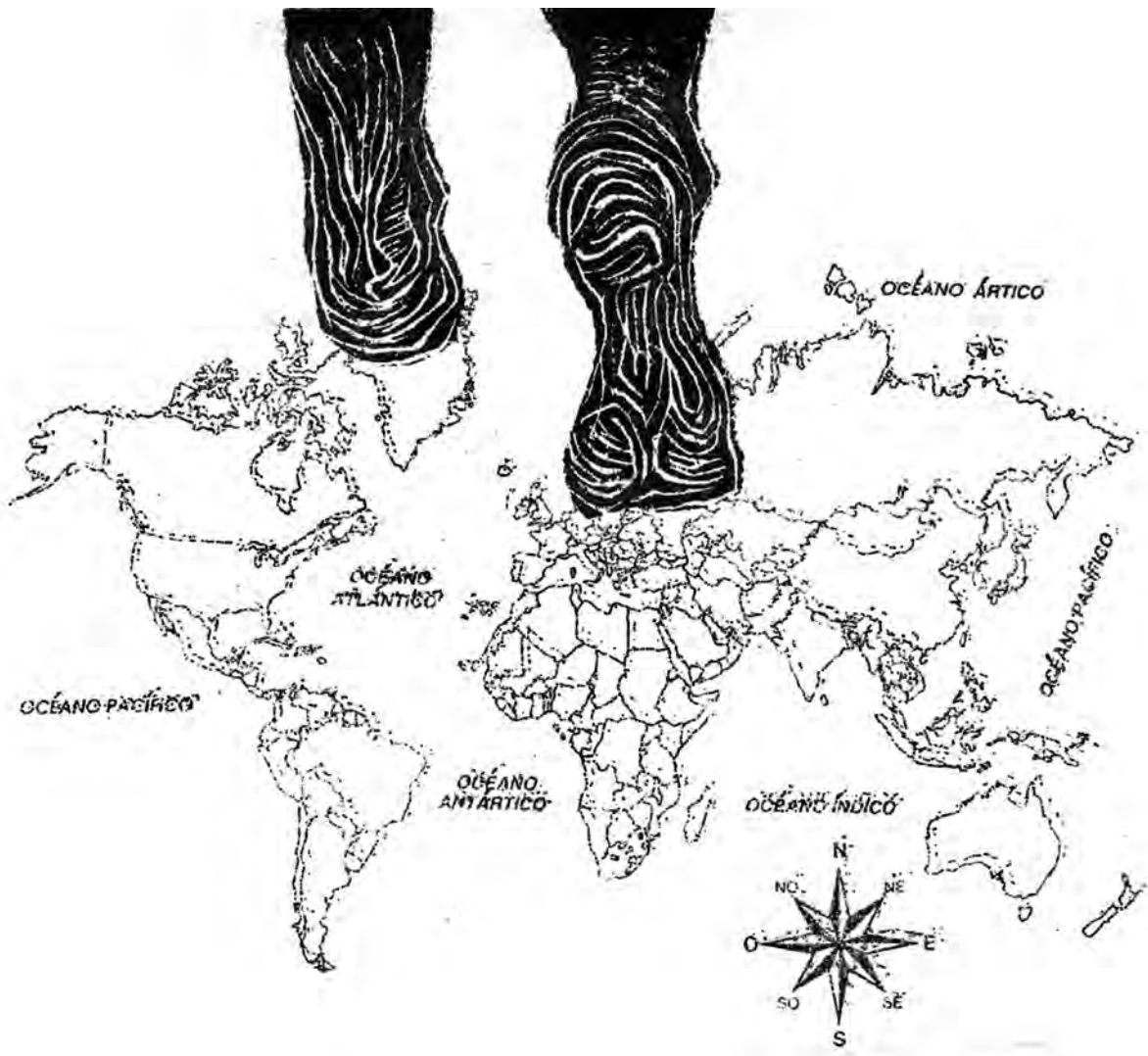


**Rodrigo Rosas Torres** (Ciudad de México, 1992). Estudia Artes Visuales en la UNAM. Ha participado en más de treinta exposiciones colectivas a nivel nacional e internacional, entre las que destacan *The All India-International Art Exhibition 2014* en Jaipur, India y *100ARTistes!?* in *ARTgallery* en Essen, Alemania, 2013. Actualmente realiza una investigación sobre el árabe contemporáneo.











# Jugar al eco al aire libre

Ana Terán Cornejo

UNIVERSIDAD DE SONORA

## **Nunca intentes burlarme con un beso\***

Sylvia Plath

Nunca intentes burlarme con un beso,  
fingiendo que los pájaros están aquí para permanecer;  
ante esto el moribundo reirá con su desprecio.

Una piedra disfraza donde un corazón no puede ser,  
y las vírgenes emergen donde lascivas Venus se dejan yacer:  
nunca intentes burlarme con un beso.

Nuestro noble doctor declara que el dolor es suyo,  
mientras pacientes condenados lo dejan hablar;  
ante esto el moribundo reirá con su desprecio.

De la parálisis cada viril soltero es temeroso  
el día entero en el tejado la vieja doncella grita:  
nunca intentes burlarme con un beso.

Las eternas sierpes suaves prometen el deleite  
a los niños mortales que felices anhelan ser;  
ante esto el moribundo reirá con su desprecio.

\* “Never Try to Trick Me with a Kiss”, en <[www.allpoetry.com](http://www.allpoetry.com)>.

Tarde o temprano todo cae por su propio peso;  
 los ruiseñores alzan vuelo;  
 así que nunca intentes burlarme con un beso:  
 ante esto el moribundo reirá con su desprecio.

Teresa Olmedo, *Muere 4*, sello de goma, poliéster líquido, recorte directo al papel, 28 x 19 cm, 2011



**Ana Terán Cornejo** (Ciudad Obregón, Sonora, 1990). Estudia Literaturas Hispánicas en la Universidad de Sonora. Ha colaborado en diferentes medios como *El Diario del Yaqui*, *InfoCajeme*, *The InsighTERS* y *Círculo de Poesía*.

## **Ana la que estaba loca\***

Anne Sexton

Ana la que estaba loca,  
tengo un cuchillo en la cuenca de mi brazo.  
Cuando me paro de puntitas descubro mensajes.  
¿Soy alguna clase de infección?  
¿Fui yo quien te hizo enloquecer?  
¿Fui yo quien los sonidos amargó?  
¿Fui yo quien dijo que saltaras por la ventana?  
Perdona. Perdona.  
Di que yo no fui.  
Di no.  
Di.

Pronuncia avemarías en nuestra almohada.  
Acógeme a mí la escuálida púber  
en tu regazo profundo.  
Susurra como una bellota.  
Devórame. Devórame entera como crema de budín.  
Acógeme en ti.  
Acógeme.  
Acoge.

\* “Anna Who Was Mad”, en <[www.poemhunter.com](http://www.poemhunter.com)>.

Entrégame un reporte de mi alma y su condición.  
 Entrégame un registro total de mis acciones.  
 Dame un juego de cuerdas y déjame escuchar.  
 Colócame en los estribos y guía un grupo de turistas.  
 Enumera mis pecados en la lista del mercado y déjame comprar.  
 ¿Fui yo quien te hizo enloquecer?  
 ¿Encendí tu auricular y dejé a una sirena transitar?  
 ¿Abrí la puerta para el psiquiatra bigotón  
 quien como un carro amarillo te arrastró?  
 ¿Fui yo quien te hizo enloquecer?  
 ¡Escríbeme desde la tumba, Ana!  
 No eres nada más que ceniza mas  
 levanta la pluma que te di.  
 Escríbeme.  
 Escribe.



Antonio Domínguez, *Ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir*, aguafuerte y aguatinta, 40 × 62 cm, 2008

## Tal y como se planeó\*

Frank O'Hara

Tras el primer vaso de vodka  
 puedes aceptar casi cualquier cosa  
 de la vida incluso tu propio misterio  
 piensas que es agradable que una caja  
 de cerillas sea púrpura y café y se llame  
 “La Petite” y venga de Suecia  
 porque son palabras que conoces y eso  
 es todo lo que sabes palabras no sus sentires  
 o su significado y escribes porque  
 las conoces no porque las entiendes  
 porque no las entiendes eres tonto y eres flojo  
 y nunca serás grande pero haces  
 lo que sabes porque ¿qué más queda?

\* “As Planned”, en  
 <[www.poemhunter.com](http://www.poemhunter.com)>.

## Resurrección\*\*

Linda Gregg

Deja la torre en tu ciudad arder. Deja los pasos  
 hacia el edificio en sombra junto al lago arder  
 aunque esté hecho de piedra. Deja la casa  
 del león arder para que el rugir y el fuego  
 resuenen juntos. Permite que la vieja, pobre,  
 casa de madera donde viví se levante en llamas, aunque  
 hayas regresado y te hayas sentado en los escalones que subían  
 hasta donde solíamos existir. Déjalo arder todo,  
 no para destruirlos, sino para darles la vida,  
 que ahora mi vida les da. Para hacerlos relumbrar  
 como lo hacen en mí, brillante y ardiente, brillante y ardiendo.

\*\* “The Resurrection”, en  
 <[www.poemhunter.com](http://www.poemhunter.com)>.

# Clitemnestra o el crimen, de Marguerite Yourcenar

Enrique Popoca

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

"Clytemnestre ou le crime", en Marguerite Yourcenar, *Feux*, Gallimard, París, 1970.

Voy a explicarles, señores del jurado... Tengo ante mí innumerables órbitas de ojos; filas circulares de manos puestas sobre mis rodillas, pies descalzos posados sobre la piedra, pupilas fijas desde las que se filtra la mirada, bocas cerradas donde el silencio madura un juicio. Tengo ante mí un tribunal de piedra. Maté a ese hombre con un cuchillo, en una bañera, con la ayuda de mi miserable amante, que ni siquiera era capaz de sujetarle los pies. Ya conocen mi historia: no hay uno entre ustedes al que no se le haya repetido veinte veces al final de los largos banquetes, acompañada por el bostezo de las criadas; ni ninguna entre sus mujeres que no haya soñado una sola noche de su vida con ser Clitemnestra. Sus pensamientos criminales, sus ansias acalladas se deslizan escaleras abajo y se derraman en mí, de manera que una especie de vaivén horrible hace de ustedes mi conciencia y de mí, su grito. Se reunieron aquí para que la escena del crimen se repita ante sus ojos ligeramente más rápido que en la realidad, pues el hogar los solicita para la cena y no pueden conceder más de unas pocas horas para oírme llorar. Y justamente durante este breve tiempo no sólo mis actos, sino también los motivos han de estallar a plena luz, a pesar de que precisaron cuarenta años para consolidarse. Esperé a ese hombre desde antes de que tuviese nombre, un rostro; todo el tiempo que él no era aún mi lejana desgracia. Busqué en la turba de los vivos a ese ser necesario para mis delicias futuras: miré a los hombres como se fija la mirada sobre los transeúntes en la taquilla de una estación, para asegurarse por completo que no son lo que se está esperando. Mi nodriza me envolvió en pañales al salir de mi madre por él; yo aprendí

a calcular en la pizarra de la escuela para llevar las cuentas de sus gastos de hombre rico. Para ornar el camino en el que quizás se posaría el pie de ese desconocido que haría de mí su sirvienta, yo tejí sábanas y estandartes de oro; fatigada por el esfuerzo, dejé escapar de vez en vez sobre el terso tejido unas gotas de mi sangre. Mis padres lo escogieron para mí; pero aun raptada por él sin que mi familia lo advirtiera, yo habría obedecido al deseo de mi padre y mi madre, porque nuestros gustos provienen de ellos, y el hombre que amamos es siempre con el que sueñan nuestras abuelas. Le permití sacrificar el porvenir de nuestros hijos por sus ambiciones de hombre; ni siquiera lloré cuando mi hija murió. Consentí en consumirme en su destino como una fruta en la boca, para provocarle una sensación de dulzor. Señores del jurado, sólo lo conocieron henchido por la gloria, avejentado por diez años de guerra; una suerte de ídolo descomunal gastado por las caricias de mujeres asiáticas, salpicadas del fango de las trincheras. Solamente yo estuve presente en su época de dios. Me era grato llevarle en una gran bandeja de cobre el vaso de agua que diseminaría en él sus reservas de frescura; me era grato, en el calor de la cocina, preparar los platillos que saciarían su hambre y lo botarían de sangre. Me era grato, entorpecida por el peso de la simiente humana, posar las manos en mi abultado vientre, en donde fermentaban mis hijos. Por la tarde, cuando regresaba de la cacería, me abalanzaba con regocijo sobre su pecho de oro. Pero los hombres no están hechos para pasarse la vida calentando sus manos sobre fuego de un mismo hogar: partió hacia nuevas conquistas y me abandonó, como una casa de gran tamaño vacía, en la que late

**Enrique Popoca** (Pachuca, Hidalgo, 1993). Estudia Letras Clásicas en la UNAM. Algunos textos suyos han sido publicados en las antologías del Festival Universitario de Día de Muertos (2010, 2011 y 2013). Es colaborador en *Trama Magazine* <trama-mag.mx>, publicación de arte y moda.

un reloj inútil. El tiempo que pasé lejos de él lo desperdicié en nada, gota a gota o por oleadas, como sangre perdida; me dejó cada día más carente de futuro. En las borracheras, algunos soldados licenciados me contaban su vida en los campamentos de la retaguardia: la armada de Oriente estaba infestada de mujeres: judías de Salónica, armenias de Tiflis, cuyos ojos azules bajo la sombra de los párpados sugieren los manantiales del fondo de una gruta oscura; turcas corpulentas y empalagosas como los pasteles que se hacen con miel. Recibía cartas en los días de algún aniversario; mi vida transcurría espionando en el camino el paso cojo del cartero. De día luchaba contra la angustia; de noche, contra el deseo, y sin cejar contra el vacío, una forma cobarde de la desgracia. Los años se sucedían a lo largo de las calles desiertas, como una procesión de viudas; la plaza del pueblo se teñía del negro de las mujeres en duelo. Envidiaba a esas infortunadas por no tener más rival que la tierra y por saber, al menos, que su hombre dormía solo. En el lugar del mío, yo vigilaba los trabajos del campo y el comercio del mar; recogía las cosechas; hacía clavar las cabezas de los bandoleros en el asta del mercado; me servía de su fusil para disparar a las cornejas; fustigaba los flancos de su yegua de caza con mis polainas de tela rojiza. Poco a poco iba sustituyendo al hombre que me hacía falta, del que estaba poseída. Terminé por ojear, con la misma mirada suya, el cuello blanco de las criadas. Egisto galopaba a mi lado en los páramos; su juventud coincidía con mi viudez, tenía casi la edad suficiente para ir a enrolarse al ejército. Me transportaba al tiempo del intercambio de besos entre primos, en un bosque, durante las vacaciones largas.



Antonio Domínguez, *Que en el cielo exista aunque mi lugar sea el infierno*, aguafuerte y transferencia, 80 x 60 cm, 2007



Emanuel Cárdenas, *El terror recién nacido aullante*, siligrafía y transferencia, 40 × 60 cm, 2012

Lo miraba menos como amante que como un niño que hubiera concebido en mí la ausencia: pagaba sus deudas con los talabarteros y sus negocios de caballos. Seguía imitando a ese hombre, aún siéndole infiel: Egisto era para mí el equivalente de las mujeres asiáticas o de la abyecta Arginia. Señores del jurado, sólo existe un hombre en todo el mundo; el resto, para toda mujer, no pasa de ser un error o un remedo triste. El adulterio resulta ser una forma desesperada de fidelidad. Si engañé a alguien, no cabe duda de que fue al desdichado Egisto. Lo necesitaba para poder saber hasta qué punto aquel que yo amaba era irremplazable. Hastiada de acariciarlo, subía a la torre a compartir el insomnio del vigía. Una noche, el horizonte del Este se encendió tres horas antes del alba. Troya ardía: el viento que viene de Asia traía consigo, por encima del mar, pavesas y nubes de ceniza; el regocijo de los centinelas se re-

solvió en llamaradas sobre las cimas: el monte Athos y el Olimpo, el Pindo y el Erimanto ardían como hogueras; la última lengua de fuego creció frente a mí, sobre la pequeña colina que, desde hacía veinticinco años, me escondía el horizonte. Veía que el casco, sobre la frente del vigía, se inclinaba para recibir el cuchicheo de las ráfagas: en algún punto en el mar, un hombre recargado de oro se apoyaba en la proa; dejaba, a cada vuelta de hélice, que su mujer y el hogar ausente se aproximaran a él. Al bajar de la torre me hice de un cuchillo. Quería matar a Egisto; quería mandar lavar la madera del lecho y el piso de la habitación; quería sacar del fondo de un baúl el vestido que llevaba el día del adiós; quería, pues, suprimir los diez años como un simple cero en la cuenta de mis días. Me detuve para sonreír al pasar frente al espejo; no me esperaba que el súbito reflejo me hiciera recordar el gris de mi cabello. Señores



del jurado, diez años no son poca cosa: son más extensos que la distancia entre Troya y el palacio de Micenas. La cúspide del pasado es más elevada que el lugar en el que ahora nos encontramos, puesto que sólo es posible bajar del tiempo, y no escalarlo. Tal como en las pesadillas: cada paso que damos nos aleja de la meta, en vez de acercarnos. Donde había dejado a su joven mujer, el rey encontraría a la puerta a una especie de cocinera obesa; la felicitaría por el buen estado de los corrales y las despensas: únicamente cabía esperar un puñado de besos fríos. Si hubiera tenido el coraje para ello, me habría matado antes de su regreso, para no leer en su rostro la decepción de descubrirme marchita. Pero quería, por lo menos, volver a verlo antes de morir. Egisto estaba llorando en mi lecho, asustado como un niño culpable que ya siente venir el castigo de su padre. Me acerqué a él; fingí mi voz más acariciante y mentirosa para decirle que nada se había difundido de nuestras citas nocturnas, que su tío no tenía razones para dejar de quererlo. Pero más bien yo esperaba que él supiera todo ya y que la cólera y el placer de la venganza me otorgaran un lugar en su mente. No dejé ningún cabo suelto: hice que se agregara al correo que recibiría a bordo una carta anónima que exageraba mis errores: afilaba el cuchillo que había de hundirse en mi corazón. Preví que quizás me estrangularía con ambas manos, las que yo había besado tanto; al menos moriría en esa suerte de abrazo. Llegó el día en el que el barco de guerra atracó por fin en el puerto de Nauplia, en medio de la alharaca de vivas y fanfarrias. Los terraplenes, cubiertos de amapolas rojas, parecían tapizados por orden del verano; el maestro había concedido un día de asueto a los niños

del pueblo; tañían las campanas de la iglesia. Aguardaba en el umbral de la Puerta de los Leones; una sombra rosa maquillaba mi palidez. Las ruedas del carro chirriaban sobre la pendiente; los aldeanos se engancharon a los varales para aligerar el peso a los caballos. En un recodo del camino, avisté por fin lo alto de la calesa por encima de un seto vivo; pude percatarme de que mi hombre no venía solo. Junto a él se tenía una hechicera turca que había tomado como botín, a pesar de que estaba un poco ajada por los juegos de los soldados. Era casi una niña; tenía unos bellos ojos oscuros, encajados en un rostro amarillento tatuado de cardenales. Él le acariciaba el brazo para que no se deshiciera en lágrimas. La ayudó a bajar del carro; a mí me besó con frialdad y me dijo que estaba seguro de la generosidad que mostraría con la muchacha, cuyos padres habían muerto. Le tendió la mano a Egisto; también él estaba cambiado. Caminaba resoplando; su grueso cuello enrojecido se desbordaba del borde de la camisa; su barba teñida de rojo iba a perderse en el pecho. Era hermoso, pero hermoso como un toro, no como un dios. Subió a nuestro lado las escaleras del vestíbulo, que mandé cubrir con una alfombra púrpura, como el día de mi boda, para que no se notara mi sangre. Apenas me dirigía la mirada. En la cena, no se dio cuenta de que había hecho preparar todos sus platillos favoritos; bebió dos o tres copas de alcohol. El sobre roto de la carta anónima asomaba de uno de sus bolsillos. Guiñó el ojo hacia donde se encontraba Egisto; para el postre, masculló las consabidas bromas de borracho sobre las mujeres que se buscan un consuelo. La interminablemente larga velada se prolongó en la terraza, infestada de mosquitos. Él

hablaba en turco con su acompañante; ella era, según parecía, hija de algún jefe tribal. Por un movimiento que hizo, me percaté de que gestaba un niño. Quizás era de él, o de uno de los soldados que la habían arrastrado entre risas fuera del campamento de su padre y la habían azotado hasta llegar a nuestras trincheras. Aparentaba tener el don de la adivinación: para distraernos, nos leyó la mano; de pronto palideció, sus dientes castañearon. Yo también, señores del jurado, conocía el porvenir. Todas las mujeres lo conocen: siempre suponen que todo terminará mal. Él tenía por costumbre tomar un baño caliente antes de irse a la cama. Me retiré para disponerlo todo: el ruido del agua que corría disimulaba mi llanto. La madera calentaba el baño. Un hacha, que servía para cortar los leños, yacía en el suelo; no sé por qué la escondí en el toallero. Por un momento me apeteció disponerlo todo para fingir un accidente sin cabos sueltos: la única inculpada sería la lámpara de petróleo. Pero quería que, cuando estuviera muriendo, al menos me viera a la cara: era lo único por lo que iba a matarlo, para forzarlo a caer en cuenta de que yo no era una baratija que se puede dejar caer, o regalarse a cualquiera. Llamé dulcemente a Egisto; se puso pálido desde que abrí la boca: le ordené esperarme en el rellano. El otro subía pesadamente los escalones; se quitó la camisa; su piel se amarató en el agua caliente. Le enjaboné la nuca; temblaba tanto que el jabón resbalaba una y otra vez de mis manos. Empezó a jadear un poco; me mandó con brusquedad a abrir la ventana, demasiado alta para mí. Con un grito llamé a Egisto para que viniera a ayudarme. Una vez que entró, cerré la puerta con llave. El otro no me vio, estaba de espaldas. Ensayé torpemente un primer golpe: apenas le hice un corte en el hombro. Se irguió por completo; su rostro congestionado empezó a salpicarse de manchas negras. Mugió como un buey; y Egisto, presa del terror, rodeó sus rodillas; quizás imploraba perdón. Trastabilló sobre el fondo resbaladizo de la bañera y cayó como un fardo, el rostro dentro del agua, carraspeando como si se ahogara. Fue entonces cuando le di el segundo golpe, cuando le hendí la frente. Pero creo que ya

estaba muerto: no era más que un harapo inerte y cálido. Algo se dijo de olas rojas; en realidad, sangró muy poco. Yo sangré más pariendo a su hijo. Ya muerto, asesinamos a su amante: si de verdad lo amaba, ¡qué generosos fuimos! Los aldeanos se sumaron a nuestra causa y guardaron silencio. Mi hijo era demasiado niño para sentir odio contra Egisto. Pasaron algunas semanas: habría debido sentirme en calma, pero, ustedes saben, señores del jurado, que se le da vueltas siempre y regresamos al principio. Volví a esperarlo, y regresó. No sacudan la cabeza: les aseguro que regresó. Él, que en diez años no se tomó ocho días para volver de Troya, ha regresado de la muerte. En vano me tomé el trabajo de cortarles los pies para que no abandonara el cementerio: eso no le impedía introducirse en mis aposentos, en la noche, llevándolos bajo los brazos, como los ladrones hacen con sus zapatos para no hacer ruido. Me cubría con su sombra; no parecía haber notado que Egisto estaba allí. Tiempo después, mi hijo me denunció con la policía; pero mi hijo también es su fantasma, su espectro encarnado. Creí que en prisión estaría tranquila; pero él regresa de cualquier manera: juraría que prefiere mi calabozo a su tumba. Sé que mi cabeza rodará en la plaza del pueblo y que la de Egisto será cortada por la misma hoja. Es extraño, señores del jurado: pareciera que ustedes ya me habían condenado en otras ocasiones. Pero he aprendido bien que los muertos no descansan en paz: resurgiré y traeré a Egisto a mis pies, como un lebrél triste. Por la noche recorreré las calles en busca de la Justicia de Dios. Volveré a encontrar a ese hombre en una esquina de mi infierno; de nuevo gritaré de alegría con los primeros besos. Después me abandonará: marchará a conquistar una provincia de la Muerte. Porque la sangre de los vivos es el Tiempo, y la Eternidad debe ser sangre de sombra. Mi eternidad, la mía, se perderá esperando su regreso: pronto seré el más desvaído de los fantasmas. Entonces él regresará para burlarse de mí. Acariciará ante mis ojos a su amarillenta hechicera turca, acostumbrada a jugar con los huesos de las tumbas. Pero, ¿qué hacer? No se puede matar a un muerto. P







# Súbase, comadre

Ana Fuente Montes de Oca

**A** ver, comadre, asómese a ver si así estoy bien estacionada. ¡No! No es necesario que abra la puerta, ciérrela porque se me hace que voy a tener que moverlo. Yo creo que quedé chueca. Asómese por la ventana, que para eso está la palanquita de la portezuela. ¿Entonces? ¿Ahí estoy bien? Acuérdesse de que tengo que estar paralela a la línea pintada. Sí entiende “paralela”, ¿verdad, comadre? Bueno, no se agüite. A mí me da ansias verla que se queda callada porque siento que la incomodo. “Paralela” es que el coche y la rayita vayan hacia el mismo lugar, como si hubieran pintado la raya después de que hubiera puesto el coche ahí. Pero fíjese bien que no esté sobre la línea, porque el que llegue aquí junto se va a pegar mucho y me van a llenar el coche de portazos. No es que esté nuevo, ¿verdad?, pero no me gustaría que se quedara todo golpeado, ya ve que es de las pocas cosas que me dejó el Tomás antes de irse, si no lo quiso vender porque decía que era una marca japonesa, que muy buena y muy no sé qué. Sí sabe usted dónde está Japón, ¿verdad, comadre? No se preocupe, que no es examen y yo no la juzgo. Japón está... lejos. Muy lejos. Y desde allá se traen estos carros, por eso son tan especiales.

Comadre, no vaya a pensar que le estoy presumiendo. Y no vaya a pensar que soy ingrata por explicarle algunas cosas, es todo lo contrario: yo lo que quiero es que usted sea una mejor persona y agradecerle su amistad enseñándole un poco del mundo que yo conozco. No todos hemos tenido acceso a él, yo lo conocí gracias a mi Tomás, que de todo sabía el condenado chamaco: que si los celulares y las computadoras y los aparatos para esto y para lo otro y para el no sé qué. Yo le aprendí poquito,

pero eso se lo transmito a usted, comadre, porque para eso estamos las amigas. Y yo entiendo que usted me ayude con lo que puede, como acompañándome ahorita al banco. De verdad que se lo agradezco, comadre, porque yo ya no puedo venir sola. Necesito un hombro, un apoyo moral que me diga que estoy haciendo bien. A veces siento que hasta la cajera me ve raro, la muy alzada. Nadie le ha dicho que está ahí para atender a los clientes como yo, y ella se permite verme así, con ese desprecio, con esa cara de que yo no pertenezco ahí. Seguro lo piensa, pero si lo dice, la corren. ¿O sabrá algo? ¿Usted qué cree, comadre?

Yo espero que no. Me ha tomado tanto tiempo fingir y guardar el secreto como para que todos se enteren por una cajerucha de banco. Ella qué va a saber, si nada más es una resentida. Empleada, asalariada, gata venida a más, a mí no se me olvida que a su mamá la bajaron del cerro a tamborazos. Ni le digo nada, porque si sí sabe, es capaz de ir a contarle a todo el mundo y ya sabe usted que esto es un pueblo y lo que bien dicen del pueblo chico. Eso de que la gente no tenga nada que hacer nada más les hace hablar de otras personas, y yo lo que menos quiero es que se me caiga el teatrillo con la Jazmín y ahora sí me prohíba ver a mi nietecito. Tan guapo, mi Gilbertito, que le gusta comer chapulines, ¿sabía usted, comadre? Pues sí. Al chamaco le encantan. No le gustan los grandotes, éstos a los que les crujen las patas, le gustan los chiquitos que ya vienen con chilito y limón. Se los come como dulces, el muy canijo. Hasta me acuerdo de cuando el Tomasito estaba chiquito, le encantaba comerse el chile piquín del bote... tanto que se parece Gilito a su papá. Yo no sé por qué la Jazmín no

**Ana Fuente Montes de Oca** (Ciudad de México, 1984). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Se ha dedicado a la edición, la corrección de estilo, la traducción y la docencia. Ha colaborado en revistas como *La Peste* y *Revista Síncopa*, así como en el blog *Nota al pie*.

quiso ponerle Tomás, pero quiero pensar que no fue por eso que está diciendo la gente por ahí.

Usted también ha oído eso, ¿verdad, comadre? Ni me lo diga, ya con su silencio me está dando la razón. Seguro pensó usted que yo no lo sabía, pero le digo que la gente de aquí no tiene nada mejor que hacer. Nadie me lo ha dicho en la cara, pero cuchichean, se esconden, me sacan la vuelta. Luego escucho comentarios con saña, que si Gilito se parece mucho a no sé quién, que si es idéntico al que trabaja en no sé dónde, que si el Tomás pasaba mucho tiempo fuera y la Jazmín siempre fue muy coqueta... puras de ésas. Yo reconozco que así así parecerse físicamente y que tengan la misma cara Gilito y Tomás, pues no, pero se portan igualito. Ya ve lo de los chapulines, comadre, es que es obvio. Y luego los niños son así: de chiquitos se parecen más a la mamá y luego al papá y luego otra vez a la mamá. No se pueden saber esas cosas, yo nunca vi como que el Tomás fuera idéntico a mí, pero me consta que salió de mi vientre y que es hijo mío. Eso de si se parecen o no, son puras burradas. ¡Y luego me salen con lo del ojo azul! ¡Que por qué Gilito tiene el ojo azul si ninguno de sus papás los tiene así! Vaya tontería, comadre, la gente no sabe que mi bisabuelo tenía los ojos claros. Yo no lo conocí, pero me acuerdo bien de que eso decía mi mamá, y mi mamá pudo haber sido muchas cosas, pero mentirosa, nunca. Y esas cosas de andar diciendo que a ver si mi Gilito no es hijo de gringo... qué va a ser así, Gilito es hijo de Tomás y punto. A mí no me importa lo que haya hecho la Jazmín o qué le sepan, pero de que Gilito es mi nieto, lo es.

Espéreme, comadre, no se baje del carro tan rápido.



Antonio Domínguez, *Igualmente verosímiles e igualmente inverificables*, punta seca y transferencia, 76 × 56 cm, 2011

abajo: Teresa Olmedo, *Miserable*, poliéster, collage de recorte de papel guarro, poliéster líquido, 38 x 28 cm, 2011

Déjeme cinco minutitos para respirar profundo. Sí, mire qué buena idea es ésa de abrir las ventanas. Se siente un poco sofocado aquí, y yo vestida casi como monja también siento que me asfixio, como si se me sentara alguien en el pecho. Tampoco crea que es porque el

vestido me aprieta, comadre, así se usan hoy en día y si una va a salir a lugares como éste, debe demostrar que sabe comportarse. Siempre me dan unos váguidos tremendos cuando llego al banco porque me acuerdo de cuando me avisaron que mi Tomasito ya no regresaba, y me pone todavía peor que no hayan encontrado el cuerpo. ¿Usted cree que no lo hayan encontrado, comadre, o será que esos gringos me dicen mentiras y lo están usando para algo malo? Me pone mal, comadre, me pone mal no poder darle santa sepultura. Aunque si le diera sepultura, todo el mundo sabría que está muerto y ahí sí, a ver cómo me deja la Jazmín volver a ver a Gilito. Todo está mal, comadre, yo le dije al Tomás desde el principio que no se fuera al otro lado, clarito se lo dije. Pero no: la Jazmín necesitaba dinero para el chamaco y según él aquí ya no había trabajo. Lo que pasa es que no le gustaban los trabajos de aquí, sentía que el taller mecánico donde estaba era muy poca cosa para él porque alguien fue a decirle que en el gringo todos los mecánicos ganaban montones de dinero.

Maldigo el día en que le dijeron eso, y maldigo todavía más el día que lo convencí de enlistarse en el ejército. Pues yo qué iba a saber, comadre, si la oferta parecía no tener desperdicio. Que si le iban a dar sus papeles para nacionalizarse y se iba a poder llevar a su familia, que si le iban a dar una beca para ser universitario... ¿Se imagina, comadre, a mi Tomasito vestido de universitario, con su mochila llena de libros y poniendo un consultorio de doctor o de dentista o de abogado? Así me lo imaginé yo. Me imaginé a Gilito yendo a la escuela allá, aprendiendo inglés, diciéndome *gránma* y enseñándome otras cosas además del *tenkiu* y el *jelou*...





---

Teresa Olmedo, *Por sancho*, poliéster, collage de recorte de papel guarro, poliéster líquido, 38 x 28 cm, 2011

Porque no es por nada, pero yo hablo un poquito de inglés. Tampoco tanto, no vaya a empezar como ésos de “a ver, ¿cómo se dice no sé qué?”, porque esa gente me enfada, pero la verdad es que sí me defiendo. Yo creo que si Tomasito hubiera regresado, hasta me hubiera llevado con ellos a vivir allá para que le cuidara al Gilito.

Qué tiempos hubieran sido ésos, comadre. Perdóneme que suspire y se me corte un poquito la voz, pero una no es de piedra. Va a decir que soy una ridícula, pero a veces hasta sueño que las cosas sí fueron así, y pienso que no voy a despertar en este pueblo polvoriento y abandonado, sino en una casa californiana para hacerles de desayunar unos *jotquéics* a Tomasito y a Gilito. Yo lo convencí, comadre, fui yo. Perdóneme la lloradera, comadre, pero es que yo le dije que se fuera a la guerra ésa, que se hiciera parte del ejército para convertirse en ciudadano. La Jazmín no quería, siempre dijo que era peligroso y a mí no me lo parecía, ya ve que en las películas nunca se mueren los gringos, siempre tienen unos trajes especiales y unas armas con no sé qué tecnología y van y los rescatan cuando la cosa se pone peliaguda. Mi Tomás siempre fue un muchachito tan fuerte y tan capaz que yo nunca pensé que le fuera a pasar nada, comadre, se lo juro. Y tan es así, que la gente también lo miraba de esa manera y por eso a nadie se le ha ocurrido que esté muerto, todos creen que sigue vivo por su carácter fuerte y porque siempre fue muy atlético... Sí sabe qué significa “atlético”, ¿verdad, comadre? No me vea así, si lo sabe basta con que me lo diga, pero no me haga esa cara de cajera de banco.

Espéreme otro segundito, comadre, que no tenemos prisa. Le voy a hacer una confesión, pero no se le vaya



a salir por ahí: se me está acabando el dinero que me dejó Tomás antes de irse a la guerra. Hizo bien en dejármelo todo a mí porque seguro la Jazmín se lo hubiera gastado todo en una sentada, pero se me está acabando y ya no sé qué hacer, cuando ya no pueda hacer estos depósitos a su nombre, todo mundo va a saber que mi Tomasito se fue a morir a vaya usted a saber qué desierto, hasta la Jazmín se va a enterar. ¿Será que le vaya depositando menos? Eso pensaba hacer hoy, poner menos dinero en la cuenta y decirle que me habló Tomás para avisarme que les están pagando menos porque ya casi no hay combates y esas cosas. O puedo hacer el depósito cada dos meses, pero ¿qué va a pasar cuando se me acabe ese poquito de dinero? Sí me gustaría seguir viendo a Gilito, comadre, pero la verdad es que ni modo que le dé mi dinero a la chamaca, y luego yo de qué vivo. Porque no es por nada, pero la chamaca

sí es medio dispersa. Yo me he dado cuenta de que luego anda ahí muy rodeada de muchachos, y no de la mejor calaña, la verdad. Las últimas semanas hasta me la he pensado dos veces en ir a su casa, porque luego hay mucho malandro por ahí y pues una todavía puede levantar pasiones, o vaya usted a saber qué, comadre. Sí quiero ver a Gilito, pero luego ella es muy malcriada y me hace caras, comadre, me hace caras cuando en realidad yo me encargo de ellos, imagínese que hasta me tengo que estar escondiendo para hacerle los depósitos a nombre de Tomás. Me hace pasar las de Caín aguantando las miradas de gente como la cajerucha ésta, ¿y todo para qué? ¿Para que al final del día la muy cuzca me haga muecas?

¿Se da cuenta, comadre, de lo ingrata que puede ser la gente? Todavía que le estoy dando los pesos que me dejó Tomás para que ella mantenga a un niño que ni siquiera se parece tanto a su padre. Eso, suponiendo que mi Tomasito sí haya sido el papá, comadre, ya ve que la gente sí anda diciendo muchas cosas y cuando el río suena... pues ya sabe. Yo no voy a acusar a nadie porque no me gusta hablar de la gente, pero de que a la chamaca le gusta que la busquen, pues le gusta. ¿Y luego qué va a pasar? ¿Yo le voy a estar manteniendo sus pachangas con el dinero de mi propio bolsillo? Pues no, comadre, yo también tengo que pensar en mí porque ya ni hijo tengo, tengo nomás un nieto que se supone que sí es mi nieto y es hijo de una mujer que desde el principio me ha puesto mala cara. ¿Y cuando se arrejunte ella con otro? Cuando el niño tenga otra abuela, ¿yo qué voy a ser? Nada, comadre, me voy a quedar chiflando en la loma y sin un peso en el bolsillo. Yo sé que



Teresa Olmedo, *La casa es sin duda alguna un ser privilegiado*,

suena mal y que parece que sólo pienso en mí, pero si yo no pienso en mí ¿quién lo va a hacer, comadre?

Esos silencios suyos me ponen muy nerviosa, comadre. Desde la primera vez que mencioné lo de Gilito y que si la gente decía lo que dice, usted se me quedó muy callada. Ni a los ojos me miró. No es por nada, comadre, pero yo si algo tengo es que soy muy observadora y clarito me di cuenta de que desviaba la mirada, y ahora que le volví a decir esto hizo lo mismito. No le voy a soltar la pregunta, comadre, pero quiero que sepa que ya recibí el mensaje. Usted siempre ha sido bien derecha conmigo, comadre, y por eso es a la única que le he dicho la verdad y ahora es la única que sabe que se me están acabando los dólares.

Usted está aquí conmigo, y lo ha estado en las buenas



linóleo impreso en papel japonés e hilografía, 14 x 19 cm, 2014

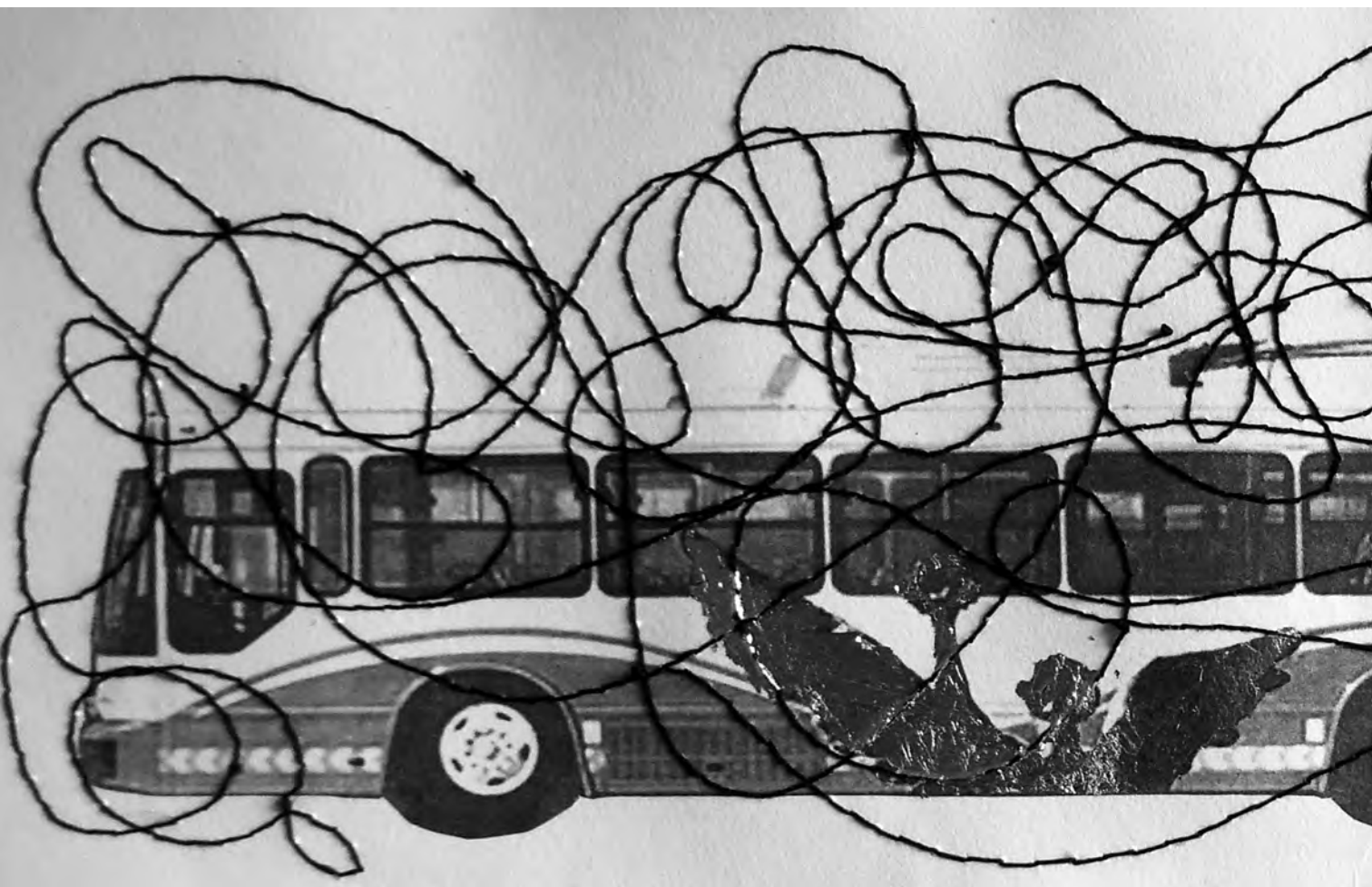
y en las malas, pero ni modo de cargarle la mano pidiéndole dinero. El que debió haber pensado en mí era mi Tomasito, pero igual se fue del otro lado. Yo le supliqué, comadre, le supliqué que no se fuera, pero no le importó. Andaba sintiéndose el muy hombre, queriendo cumplirle todos los caprichos a la chamaca y no le importé yo, que a punta de sacrificios lo saqué adelante sola. Se le olvidó, comadre, que fui padre y madre a la vez. Se fue y me encargó aquí a su familia, que de la pobre abuela ni cargo se va a hacer.

Ahora que lo pienso, Tomás se parecía mucho a su papá. Los dos se fueron y me dejaron aquí, como si nada. Cuando se fue su papá, ahí estuve yo encubriéndolo, que seguro iba a regresar, que cuando terminara de trabajar en el otro lado regresaría para traernos mucho dinero y

sacarnos de este pueblucho. Ni una noticia dio mi marido, ¿usted cree? Yo escogí pensar que se había quedado a medio camino... pero la verdad es que siempre me caló escuchar por aquí que mi Teodoro ya tenía otra familia, que se había juntado con una gringa y ya tenía unos hijos bien güeritos y bien bonitos que ni hablaban español. Al modo, comadre, así me dejaron los dos, por otras fulanas y por estar de ambiciosos queriendo hacerse ricos de la noche a la mañana. ¿Y qué hice yo, comadre, cuando me quedé sin marido? ¿Me puse como la Jazmín a esperar dinero y a conseguirle otro papá a mi hijo? No, señor. Yo me puse a trabajar: lavé ajeno, cosí ajeno, limpié ajeno, y todo por el Tomás, que de mí ni se acordó. ¿Usted cree que cuando me comentó que me iba a mandar a mí el dinero para su mujer y su hijo me dijo que de ahí sacara algo para mí? Pues claro que no, se le ha de haber olvidado que yo lo parí, habrá crecido de los árboles.

¿Sabe qué, comadre? Écheme aguas. Avíseme si no viene carro atrás, a mí luego me da tortícolis por voltear mucho la cabeza. Sí sabe qué es “tortícolis”, ¿verdad, comadre? Si no lo sabe ni se agüite, yo ahorita se lo voy a explicar. Nada más que logre salir de este estacionamiento todo mal hecho, se lo digo, comadre. Qué depósitos voy a andar haciendo yo, si ni ahorros tengo. Lo que deberíamos hacer es poner un negocito que nos garantice una vejez tranquila, porque ya no se puede confiar en nadie. Una cocina económica, comadre, yo cocino delicioso. Yo sé que alabanza en boca propia es vituperio, pero qué le va uno a hacer, ni modo que esconda mis talentos y diga que no sé hacer nada, si mis años me ha costado tener tan buena sazón. Y platíqueme, comadre..., ¿usted qué sabe hacer? ❶

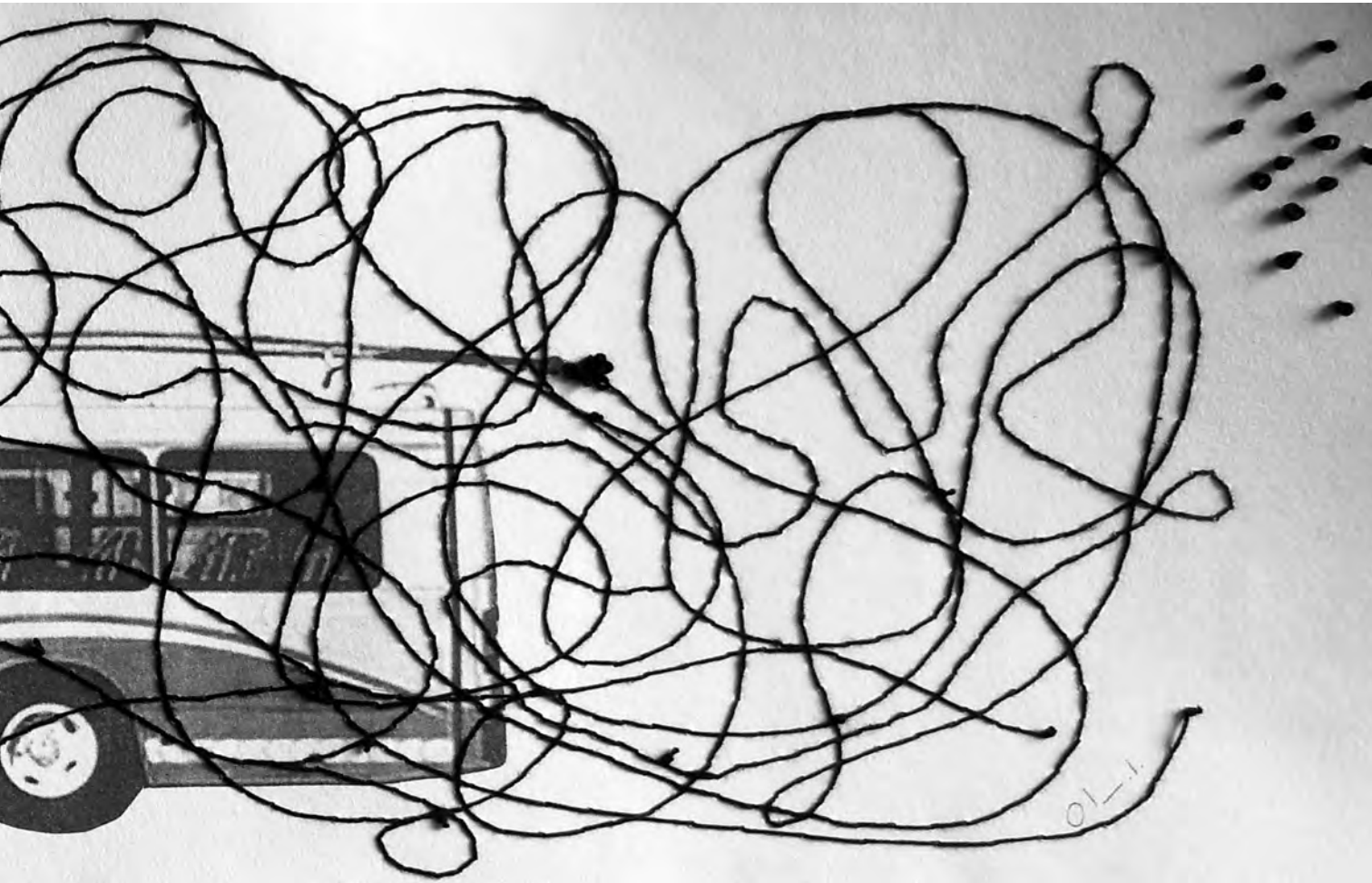
Teresa Olmedo, *Trolebús*, transferencia, hilografía y dorado, 19 × 38 cm, 2013



Concurso literario  
La crónica como antídoto

JURADO: Leonardo Tarifeño, Magali Tercero y Jorge Pedro Uribe

Centro Cultural Universitario Tlatelolco  
Dirección de Literatura  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial



# Silencio en Tlatelolco

Primer premio

Jonathan Jesús García Palma

Jorge llegó a las siete a la escuela secundaria en la que estudiaba desde hacía casi tres años. Era una mañana de viernes y todo indicaba que sería un día completamente soleado. Por eso, aquel adolescente de quince años había decidido no llevar su chamarra de la suerte. Las puertas ya estaban abiertas y el conserje lo recibió, como era su costumbre, con una sonrisa y un apretón de manos. “¿Qué pasó, mi estimado Jorge? A darle con todo y a echarle muchas ganas”, dijo don Miguel, hombre ya mayor pero que aún se hacía cargo del plantel escolar. El estudiante le respondió con una sonrisa, un cálido saludo y su agradecimiento.

Después de la bienvenida, el muchacho se dirigió al salón de clases y encontró a algunos de sus compañeros platicando, como era usual antes de iniciar las actividades. Por un momento los miró con la intención de hablarles, pero se contuvo; después pronunció un escueto “Hola”. No recibió respuesta. Luego de tomar asiento, volteó hacia la entrada del aula y vio llegar a Emma y a Roberto, sus amigos, quienes se presentaban tomados de la mano pues recién comenzaban a salir como novios. El rostro de Jorge se entristeció un poco, situación que Emma percibió.

“Ya te va a tocar, ya verás. Pero cambia esa cara, porque si no lo haces ninguna chava te va a pelar en la escuela”, dijo ella mientras le daba una palmada en la espalda. Unos segundos después, Roberto y Jorge chocaron las manos y luego el profesor de Matemáticas, primera clase del día, inició la jornada escolar. En ese preciso momento también llegaron Ricardo, Manuel y Osvaldo, tarde como siempre, y empujando a quien se encontrara en su camino.

Antes de comenzar, el maestro decidió recoger las tareas de acuerdo al orden de la lista de asistencia. Como se trataba de unos cuantos problemas, optó por revisar cada trabajo y calificarlo de inmediato. Su atención se distrajo. Aprovechando la oportunidad, Ricardo se levantó de su banca y golpeó el hombro de Jorge con el puño cerrado. Después le preguntó si había traído la tarea que le había encargado. “¿Cuál tarea?”, dijo el alumno. “No te hagas pendejo, te dije que te tocaba hacer mi tarea del día de hoy, así que dámela”, repuso Ricardo en voz baja, casi al oído.

“Ve a hacer tu tarea tú mismo, pinche Ricardo”, intervino Roberto. “Tú no te metas, puto, no vengas a defender a la Jorgita del salón”, dijo aquel. Roberto se levantó de su asiento y estuvo a punto de iniciar un pleito con Ricardo, pero el profesor se percató del asunto y regañó a ambos. Enseguida, pidió al estudiante conflictivo que entregara

**Jonathan Jesús García Palma** (Ciudad de México, 1986). Licenciado en Pedagogía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, ganador de la Medalla Gabino Barreda al Mérito Universitario. Actualmente cursa la maestría en Pedagogía en la misma casa de estudios y se desempeña como asesor pedagógico independiente. Ha participado en eventos nacionales e internacionales presentando trabajos en materia de Filosofía de la Educación, movilidad estudiantil, cooperación académica y escenarios de intervención del pedagogo en México.

su trabajo y él argumentó que lo había olvidado en casa. El resultado fue un punto menos en el bimestre que, de por sí, tenía casi perdido. Después de quejarse, el muchacho volteó a ver a Jorge. “Vas a ver, puto”, dijo mientras le dirigía una furiosa mirada.

Jorge sabía a lo que se refería su compañero de clase puesto que tenía experiencia recibiendo sus golpes y quejándose por ello en la dirección del plantel sin que la directora atendiera sus reclamos. En casa, su padre le había dicho que era un bueno para nada al no poder defenderse y su madre, enferma de cáncer, no tenía la energía suficiente para apoyarlo, por lo que casi debía enfrentar el problema solo, de no ser porque contaba con el apoyo de don Miguel y de sus amigos Emma y Roberto, quienes siempre lo acompañaban a levantar los reportes. Gracias a ellos las cosas no se habían agravado, pero no era posible ayudar al joven en todo momento.

Jorge era una víctima de violencia escolar, eso que hoy se conoce como *bullying*, pero que en 1997 se denominaba de otra forma en México y que, en ambos momentos, ha sido visto como un “juego de niños” o “travesuras de muchachos”, cuando, en realidad, no es así.

“No le hagas caso, Jorge”, dijo Roberto a su amigo. “Yo no sé por qué la directora no lo expulsa, ya ni siquiera tiene la edad para estar aquí”, intervino Emma. Jorge mantuvo la mirada en sus amigos y sonrió levemente. En realidad, la responsable del plantel no tomaba cartas en el asunto porque el padre de Ricardo conocía detalles nada honrosos de su pasado y ella estaba dispuesta a ocultarlos de cualquier forma, aún a costa de la integridad de uno, o varios, de los estudiantes.

Después de la clase de Matemáticas vinieron Biología, Geografía e Historia. Al término de esta última, empezó el receso de veinte minutos y Jorge creyó que ahí sería cuando Ricardo lo golpearía por lo sucedido en la mañana. Cuando bajó al patio, aquel bravucón le ensució el suéter y el pantalón con yogurt y le echó un poco de refresco en la cara. “Eres un tarado, Jorge”, decía mientras agredía a su compañero ante las burlas de Osvaldo y Manuel, cómplices de todas sus fechorías.

Al igual que en otras ocasiones, Emma y Roberto llegaron a tiempo para impedir que continuara el tormento y don Miguel le llevó una toalla para que se limpiara. “Pinches metiches”, decía Ricardo, pero no se atrevía a enfrentar a Roberto, claramente más fuerte que él. “Ya te dije que no te metas con mi amigo, si te metes con él, te metes conmigo”, le advirtió Roberto.



Emanuel Cárdenas, *El fuego, el fuego está cayendo*, siligrafía y transferencia, 40 x 60 cm, 2012

Concluido el receso siguieron las clases de Inglés y de Educación Física, en la cual Jorge recibió más de un balonazo y Roberto y Ricardo terminaron por empujarse mutuamente y estuvieron a punto de llegar a los golpes. La última clase fue la de Civismo y Ricardo se mantuvo tranquilo.

Al término del día, cerca de las dos de la tarde, Emma y Roberto le dijeron a su amigo que irían a pasear a Santa María la Ribera y le pidieron que los acompañara. No obstante, el muchacho no aceptó para no hacer mal tercio. “Ándale, nos vamos al Kiosco Morisco”, expresó Roberto. “No, vayan ustedes, mejor nos vemos otro día”, repuso Jorge. Así fue como los tres, después de caminar un rato, se despidieron en la banqueta aledaña a la avenida Ricardo Flores Magón y los novios vieron cómo su amigo se marchaba rumbo a casa, en el edificio Tamaulipas, al otro lado de la Plaza de las Tres Culturas, en la Unidad Nonoalco-Tlatelolco.

En una esquina, cerca de una tienda, escondida, en silencio, se encontraba Brenda, vecina de Jorge y alumna de la misma escuela, quien estaba enamorada de él desde tiempo atrás. Cuando observó que el muchacho se retiraba solo, pensó que era el momento ideal para acercarse y entregarle la carta en la que confesaba sus sentimientos



y que había escrito casi un mes antes. Aunque sabía que Jorge no tenía novia, temía no ser correspondida, motivo por el cual había guardado silencio durante varios meses. Además, sus amigas le decían que se vería como una lanzada si actuaba de esa forma. A pesar de todo, había tomado la decisión, y cuando Jorge cruzó la calle, ella lo siguió sigilosamente ya que deseaba platicar con él justo al llegar a la Plaza de las Tres Culturas, donde no habría quien los interrumpiera o los observara.

Ya se encontraba a unos cuantos pasos del chico cuando se aparecieron Manuel y Osvaldo, quienes tomaron a Jorge de los antebrazos y le dijeron que Ricardo lo esperaba. Brenda quedó inmóvil y, antes de que pudiera reaccionar, presenció la llegada del compañero, que pateó a Jorge en la pierna. “Pinche Jorgita, hoy te tocan tus putazos por no traer mi tarea y ahora sí no está el puto del Roberto.”

Jorge intentó moverse pero los amigos de Ricardo lo seguían sosteniendo. Recibió un par de puñetazos en el abdomen y se dobló a la mitad. “Suéltlenlo”, dijo el golpeador. Sus secuaces obedecieron de inmediato y Jorge cayó al suelo. Brenda lo contemplaba todo a unos cuantos metros, pero ninguno de los cuatro se había percatado de su presencia. Cuando vio que estaban a punto de golpearlo entre los tres, rompió el silencio con un grito y se lanzó al suelo a ayudar al adolescente.

“¿Qué onda, Brendita? No me digas que vienes con este puto”, dijo Ricardo, quien conocía a la chica. “Son unos idiotas, déjenlo en paz”, agregó ella mientras ayudaba a Jorge a incorporarse. Ante la escena, el enojo del agresor se intensificó, por lo que empujó violentamente a la joven, quien cayó al suelo de espaldas. Al ver aquello, un Jorge enfurecido se levantó del suelo y se lanzó sobre su victimario, lo golpeó y le ocasionó un sangrado de nariz.

Ricardo se limpió con la mano. Manuel y Osvaldo se mantenían impávidos, asombrados por lo que recién había ocurrido, y la cara de Jorge reflejaba una gran sorpresa, aunque era evidente que continuaba adolorido. “Hijo de tu puta madre”, dijo Ricardo. Jorge se echó a correr.

“¡Ven acá, pinche puto!”, gritaba Ricardo mientras perseguía a su compañero, quien dejó la calle de Lerdo y continuó su camino en dirección al Eje Central para llegar a la Plaza de las Tres Culturas y de ahí a su casa. Ya estaba cerca de la esquina del Eje Central cuando Ricardo, aún atrás por unos metros, se detuvo y sacó de su mochila el revólver de su padre y apuntó. Jorge ya cruzaba la calle. Instantes después se escuchó el disparo. Jorge giró levemente y vio a Ricardo sosteniendo el arma.

En aquel intento, el aspirante a asesino no logró dar en el blanco, por lo que emprendió la persecución nuevamente. Manuel y Osvaldo se asustaron al ver la pistola de su amigo, pero fueron tras él. Brenda pidió ayuda al primer transeúnte con el que se topó, quien, con un aparatoso teléfono celular, trató de llamar a la policía. No lo logró. Jorge continuaba corriendo; entonces, se escuchó un segundo disparo. La bala le rozó el brazo. En ese instante comenzó a gritar pidiendo ayuda.

“¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme! ¡Me quieren matar!”, exclamaba el joven mientras avanzaba, próximo a los edificios del conjunto habitacional y ya cerca de la Plaza de las Tres Culturas. Brenda iba tras él, intentando alcanzar a Ricardo. Manuel y Osvaldo también corrían detrás, pero a menor velocidad, temerosos.

No eran pocos los testigos. En los edificios, algunas personas se asomaron por la ventana, pero nadie dijo nada. A nivel de calle, más de uno vio a Jorge corriendo y a Ricardo persiguiéndolo con revólver en mano. Creyeron que era de juguete y que se trataba de una “broma de muchachos”. “Estos chamacos, ¡ya no saben cómo llamar la atención!”, alcanzó a gritar un hombre de avanzada edad desde la ventana de su departamento. Brenda también pedía ayuda a gritos, pero tampoco le prestaban atención.

No obstante, ahí estaban los ojos, las caras, las siluetas en medio del camino, en los edificios, cerca del Templo de Santiago. Impasibles. Silenciosos. Cómplices. Indiferentes. Con esa indiferencia que hierde y que también mata a quienes son víctimas de violencia escolar, con esa indiferencia que hace que sean tres los participantes en el problema, no sólo la víctima y el victimario.

Ya faltaban unos cuantos metros para llegar al edificio Tamaulipas. Jorge estaría a salvo. Ricardo, entonces, se paró en seco. Sostuvo el revólver con la mayor firmeza posible y apuntó nuevamente. Se escuchó el tercer disparo. Segundos después, era derribado por Brenda. Jorge ya había caído.

Brenda estaba en el suelo, casi encima de Ricardo. Alzó la vista y vio el cuerpo de su vecino. Se levantó rápidamente y se acercó a él para saber cómo estaba. Notó el hilo de sangre que corría por su espalda. Al usar una mochila pequeña, nada se había interpuesto entre su cuerpo y la bala. Ante la sangre, Brenda se inquietó, se llevó las manos al rostro y se desmayó. Ricardo ya estaba en pie, a unos pasos del sitio en que había sido derribado.

Manuel y Osvaldo se acercaron a ver la escena y luego dirigieron su mirada hacia Ricardo, quien veía todo a la distancia. “¡No mames, lo mataste, güey!”, gritó Manuel. Osvaldo salió corriendo y Manuel lo siguió, dejando solo al tirador. En ese momento, las miradas atónitas de los indiferentes se transformaron en miradas inquisidoras que se centraron en el asesino. La atención estaba enfocada en el criminal.

La indiferencia se tornó en acusación, indignación y asombro. Varios testigos decidieron socorrer al muchacho y a la chica. Ambos yacían en el suelo. “¡Llaman a la Cruz Roja!”, exclamó una mujer desde la entrada de uno de los edificios.

Ricardo, señalado, identificado, ya no contaba con sus amigos, estaba solo, por lo que huyó hacia la avenida Flores Magón. No se percató de haber dejado tirada su cartera en el lugar de los hechos. Se había salido del bolsillo de su pantalón al ser derribado por Brenda. Ya estaba del otro lado de la avenida cuando se dio cuenta de ello y emprendió el camino de regreso.

Cruzaba la calle cuando la sirena de una ambulancia lo distrajo y fue atropellado por un transporte de materiales de construcción. Ahora él yacía en el suelo, sangrando, a media avenida. Por ahí pasó la ambulancia que acababa de escuchar.

La ayuda llegó unos cuantos minutos después. Brenda ya se encontraba consciente y lloraba profusamente frente al cuerpo de Jorge. La gente los rodeaba; asistían a la chica, pero no se acercaban a él. Al cabo de unos segundos, la muchacha decidió tocar a su vecino. Esperaba una respuesta. “¡No te mueras!”, gritaba. En ese instante llegaron los paramédicos y, casualmente, el padre del joven, quien se acercaba a ver qué ocasionaba el gentío. “¡Hijo!”, exclamó cuando vio el cuerpo. Intentó acercarse,



Emanuel Cárdenas, *Todo lo que es posible creer es una imagen de la verdad*, siligrafía y transferencia, 40 × 60 cm, 2012

pero se lo impidieron. Únicamente veía la sangre en el suelo y a Jorge con los ojos cerrados y pálido, muy pálido. Un paramédico movió la cabeza negativamente. No hizo falta decir nada más. El silencio reinó otra vez.

El padre de Jorge calló. Los espectadores se retiraron uno a uno. Los paramédicos anotaron la hora del deceso y procedieron con el protocolo adecuado para esos casos. Brenda, sollozando, arrodillada en el suelo, abrió su mochila, tomó la carta que le había escrito a su vecino un mes antes y la leyó. Su voz se escuchaba claramente. Las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas y caían al suelo, mezclándose con la sangre del fallecido de quince años.

Brenda leyó cada palabra y cada uno de los cuatro párrafos de la misiva. Después, cerró los ojos y besó en la frente el cadáver del que era su primer amor.

Nuevamente el abrumador silencio.

La muchacha comprendió lo que debía hacer, alzó la mirada, la dirigió a uno de los paramédicos y dijo lenta y casi afónicamente: “Yo sé quién fue”. Estaba consciente de que era necesario alzar la voz. **P**

# Ciudad espejo

## Segundo premio

J. C. Guinto

Vivo en Tlatelolco y un día, por motivos de salud, decidí comenzar a correr. Nunca me imaginé que esta decisión me llevaría a descubrir lugares y personas cuya existencia desconocía. Fue un lunes por la mañana cuando me puse mis tenis viejos, un *pans* deslavado, una playera con hoyos y un rompevientos negro. Me impuse la meta de correr media hora y darle cuando menos veinte vueltas al Ágora. Salí de mi edificio, el Francisco Zarco, a las ocho de la mañana con las ganas a tope, haciendo pequeños y frenéticos movimientos de calentamiento mientras bajaba las escaleras. El primer obstáculo que encontré fue un pepenador hurgando en los botes de basura —que en Tlatelolco, por sus formas y colores, llamamos *hongos*—, abriendo bolsas, tirando lo inútil y tomando aquello que lo atrajera. Tenía en el suelo un diablo con cajas amarradas llenas de pesadas bolsas negras que me bloqueaban el paso. Le pregunté al señor si podía quitar, por favor, su cargamento. Por respuesta obtuve un gruñido, quizás no dirigido a mí sino al *hongo* en el que no había encontrado nada de su agrado. Hice una mueca, no me desanimé, sorteé el diablo, di la vuelta, crucé un pedazo del Jardín de la Paz, subí las escaleras y comencé a dar mi primera vuelta al Ágora. Apenas tres minutos después de salir de casa comencé a correr. Había poca gente. Mi respiración se tornó agitada y al comienzo de la tercera vuelta ya no pude más. Apenas corrí cinco minutos y ya estaba echando el bofe, traía la lengua de fuera y me estaba ahogando de calor dentro del rompevientos. Regresé a mi departamento con una molestia en la rodilla derecha, el cuerpo trémulo, la boca seca, y lo peor, decepcionado con mi rendimiento.

Al día siguiente salí temprano de nueva cuenta a correr. Esta vez calenté un poco más e hice breves estiramientos. Al llegar al Ágora me encontré con una cuadrilla de trabajadores de limpieza barriendo y pintando. El polvo levantado hizo que comenzara a estornudar, y el olor a pintura me mareó y casi me hizo vomitar mi frugal desayuno. Aun así di cuatro vueltas que superaron mi marca anterior, por lo que regresé de mejor humor a mi departamento.

El miércoles salí de casa un poco más tarde, di la vuelta por el Deportivo 5 de Mayo para entrar al Ágora por el frente. Antes de llegar, una motoneta me pegó un gran susto al sentir que venía detrás de mí a toda prisa a la mitad del andador. Un joven obeso, que traía una gorra amarilla puesta a medias, una sudadera anaranjada y un apretado y gastado pantalón de mezclilla, montaba la rauda motoneta que pasó volando y que casi me lleva de corbata de no ser porque me hice a un lado con rapidez. Llegué al Ágora sano y salvo después de sortear un carrito de tamales oaxaqueños. En medio había un grupo de señoras practicando zumba alegremente al son de una música estridente. Las señoras se esforzaban por seguir el ritmo del instructor, estaban a punto de acabar la rutina cuando comencé a correr mi primera vuelta. Al terminar la sesión, se despidieron sudorosas y tomaron el camino, casi todas, rumbo a la colonia Guerrero. Esa mañana di cinco vueltas antes de terminar echando el bofe.

El jueves me encontré a un grupo de ancianas saliendo de sus clases de yoga en el deportivo; todas vestían de blanco y se veían amables. Di ocho vueltas y habría dado otras dos más de no ser porque comenzó a dolerme

**J. C. Guinto** (Coyuca de Benítez, Guerrero, 1979). Estudió Comunicación Social en la UAM Xochimilco. Ha participado en los talleres de Novela de Isaf Moreno y Humberto Guzmán, Crónica Literaria con Ignacio Trejo Fuentes, Guión Literario con Héctor Manjarrez, Literatura y Arte ante la Vida Cotidiana con Luigi Amara, Laboratorio de Escritura Expandida con Vivian Abenshushan y de Libro Experimental con Germán Fraustro. Copublicó el libro *Buñuel y las fronteras del deseo* (UAM-X, 2004). Escribe en el blog <milgarzas.blogspot.mx>.

mucho la rodilla derecha. Estaba entumido. Regresé a casa requejando a untarme gel antiinflamatorio y a darme un masaje para estar en condiciones de ir al trabajo.

Dejé de correr unos días en lo que me aliviaba. Entre tanto, consulté internet en busca de consejos para mejorar mi condición física. Hallé una buena rutina de calentamiento que duraba diez minutos. Compré tenis nuevos, diseñados para corredores; también rodilleras para protegerme de futuras lesiones y un short con una bolsita con cierre para guardar mis tintineantes llaves.

Retomé el ejercicio una semana después. Mejoré mucho gracias al calentamiento. Llegué a dar veinte vueltas al Ágora y decidí comenzar a correr en el circuito del Jardín Médicos por la Paz. Este circuito mide aproximadamente quinientos metros, se interna y bifurca en la mitad de la segunda sección de la Unidad Habitacional Tlatelolco. El camino es de tierra rodeado en su mayoría por arbustos de donde, sin avisar, emergen pequeños perros peludos a los que sus amos dejan libres y sin correa. De pronto y sin razón alguna, los traía enredados en mis piernas, ladrando agudamente e intentando darme pequeñas dentelladas. Cierta vez, uno de esos perros me provocó una aparatosa caída, rodé en la tierra y me raspé las piernas. La dueña de la pequeña bestia, luego de percatarse del “sinistro”, llegó corriendo al lugar en el que me encontraba tirado, angustiada por la suerte de su divino roedor, llamándolo “pobrecito querido, ven con mamá, ya estoy aquí, mi amor”, acariciándolo, acunándolo en sus brazos y besando su húmedo hocico. La señora ni siquiera volteó a verme.

Completar una sola vuelta al circuito me costó varios días, pero al conseguirlo me di cuenta de que quería y



Antonio Domínguez, *Nunca pudimos evadirnos de un aquí y un ahora*, punta seca y transferencia, 76 × 56 cm, 2011



Teresa Olmedo, *Si se pone a la primera que muestre sus títulos de victoria*, siligrafía y calado, 38 × 56 cm, 2012

podía ir por más. Correr me resultaba una excelente terapia, una gran ayuda para olvidarme del estrés laboral, de las caras largas, del vagón del metro atascado de personas ansiosas y malhumoradas. Correr liberaba mi mente hacia paisajes tranquilos en mi interior. No me importaba que pisara heces de perro todos los días, no me importaban las matas altas, la lluvia que convertía en lodazales ciertas partes del circuito, los cientos de perros de todas las razas y tamaños, las impertinentes motonetas o las ruidosas motos; correr en Tlatelolco hacía que valiera la pena el esfuerzo de sortear obstáculos para sentirme bien. Y también me ayudaba a conocer nuevos lugares y personas agradables, extrañas o repulsivas. Como Splinter, un señor de la calle que olía a orines, enfundado en capas de chamarras y bolsas negras cochambrosas, y que había hecho su hogar en una curva del circuito, frente a la subestación eléctrica, casi a punto de llegar a Flores Magón. Cada que pasaba por sus dominios aguantaba la respiración para no ser golpeado por la vaharada inmundicia que desprendía. Tiempo después desapareció sin razón aparente. A los que siempre veo es a los chicos y sus patinetas, muy cerca

de la escultura de Carlos Espino, *Nuevo sol de la esperanza*, haciendo complicadas maniobras y resbalando de un lado a otro en las rampas.

Mi bella esposa me regaló un reproductor portátil de música que tiene la fabulosa función de medir distancias. Así me di cuenta de que ya corría dos kilómetros diarios. Quise ir por más y decidí correr por los largos y techados andadores que abundan en Tlatelolco. Salí del Francisco Zarco y me fui corriendo a un lado del Deportivo 5 de Mayo, pasé por el edificio Mariano Escobedo, llegué al cine, di la vuelta y regresé por el Zaragoza hasta el Presidente Juárez. Hice el mismo recorrido dos veces más y terminé en el circuito. Al otro día decidí irme hasta el Puente de Piedra. Cada vez quería llegar más lejos, por lo que corrí por Manuel González y fui derecho hasta Insurgentes, me metí por el Pedro Moreno y encontré, bajo la sombra de la Torre Insignia, una réplica del Tláloc, de aproximadamente dos metros, similar al monolito que está en la entrada del Museo Nacional de Antropología. El Tláloc, o la piedra de los Tecomates, es el solitario y casi secreto dios de la lluvia tlatelolca. Al seguir corriendo me hallé de pronto frente

a un perrazo que más bien parecía un tiburón surcando velozmente el mar en busca de alguna presa. Su dueña lo había sacado a pasear, era un pitbull blanco, fortísimo, de ojos fríos, atentos. Al verlo, me quedé congelado. Su dueña sonrió y me dijo “no muerde”. Afortunadamente, un gato pardo atrajo su atención y el tiburón fue tras él saltando ágilmente. Salí a Flores Magón, corrí hasta el cruce con el eje de Guerrero, bajé al Jardín de la Paz y llegué a casa sano y salvo. Del susto jamás he vuelto a correr en la primera unidad.

Cierta vez encontré el andador cerrado entre los edificios Ramón Corona y Mariano Escobedo. Allí había un grupo de personas en batas blancas haciendo perforaciones en la tierra mientras un par de policías vigilaba el lugar. En un principio creí que eran trabajadores de la Comisión Federal de Electricidad realizando inconclusos trabajos de cableado, mismos que dejarían el andador justo como el que está a un lado de la guardería del IMSS y que lleva al metro: lleno de piedras, con varillas salientes, en obra negra desde hace dos años. Cuál sería mi sorpresa al enterarme por uno de los policías, interrogado por mi esposa, quien me acompañaba, que en ese lugar habían encontrado huesos humanos. Los excavadores eran arqueólogos, personal de Instituto Nacional de Antropología e Historia. Sucedió que la bendita Comisión Federal de Electricidad sí estaba haciendo sus eternas obras en el andador cuando de pronto descubrieron una osamenta, informaron al INAH y más tarde fueron hallados los restos de tres personas enterradas en tiempos prehispánicos. Cerca del cine también descubrieron una vasija con el cadáver de un niño. Todo esto nos lo contó el amable policía mientras los especialistas continuaban sus labores. Una interesante y curiosa historia que ningún arqueólogo nos confirmó. Me inquietó, sobre todo, aquello de un niño depositado hacía muchísimos años dentro de un recipiente de barro.

Quizás el lugar más desagradable para correr en Tlatelolco sea justo entre los edificios Juan Álvarez y José María Chávez, espacio en el que recientemente se encontraron, en las jardineras y en el pasillo, partes del cuerpo de una chica asesinada y descuartizada supuestamente —así lo dijeron los periódicos— por un joven promesa de la Física. Hoy en día el crimen sigue impu-

ne. Y me dan escalofríos cuando corro por esa zona, que siempre trato de evitar, pero mis pasos, en su afán de dejar de correr por los mismos lugares, me conducen de nueva cuenta a la escena macabra. Me da pánico pensar que tal vez me haya cruzado con el asesino cuando corría por las noches bajo el Presidente Juárez (edificio en el que se supone ocurrió el asesinato). Sin embargo, me sacudo el miedo y continúo corriendo con la esperanza de que algún día encuentren al culpable y se haga justicia.\*

En mis correrías por la Unidad me ha tocado ver últimamente la lenta demolición del cine abandonado. No se sabe lo que van a poner en su lugar y hoy en día las obras están paradas. Fui testigo de la demolición, ésa sí veloz, del hospital del IMSS, antes la Vocacional 7, a la que mi suegro asistió en tiempos del nefando Díaz Ordaz. Tampoco se sabe la razón de la demolición ni lo que se va a poner en su lugar. Esto lo vi una noche que decidí correr en el Parque de la Pera. De allí me seguí hasta el Pórtico Antonio Caso y llegué a la Plaza de las Tres Culturas. Los obstáculos para el corredor eran los mismos: perros, heces fecales, motocicletas y motonetas. Aun así, la explanada era un buen territorio para ejercitarse. Había una atmósfera especial. Mientras corría podía ver los reflejos del agua en las fuentes, el memorial a oscuras, la luz en los vitrales azules de la iglesia y el bello faro del Xipe Tótec, instalación de Thomas Glassford, en lo que fue el edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Corro por las noches en la Plaza de las Tres Culturas, bajo la lluvia o sin ella, a oscuras y rodeado de quietud. Lo malo de correr por las noches es encontrarte a gente desagradable, niños de secundaria que monean en los rincones más oscuros. Preferiría topármelos jugando fútbol o subidos en patinetas, y no con el chemo, aletargados y violentos, acechando entre las sombras.

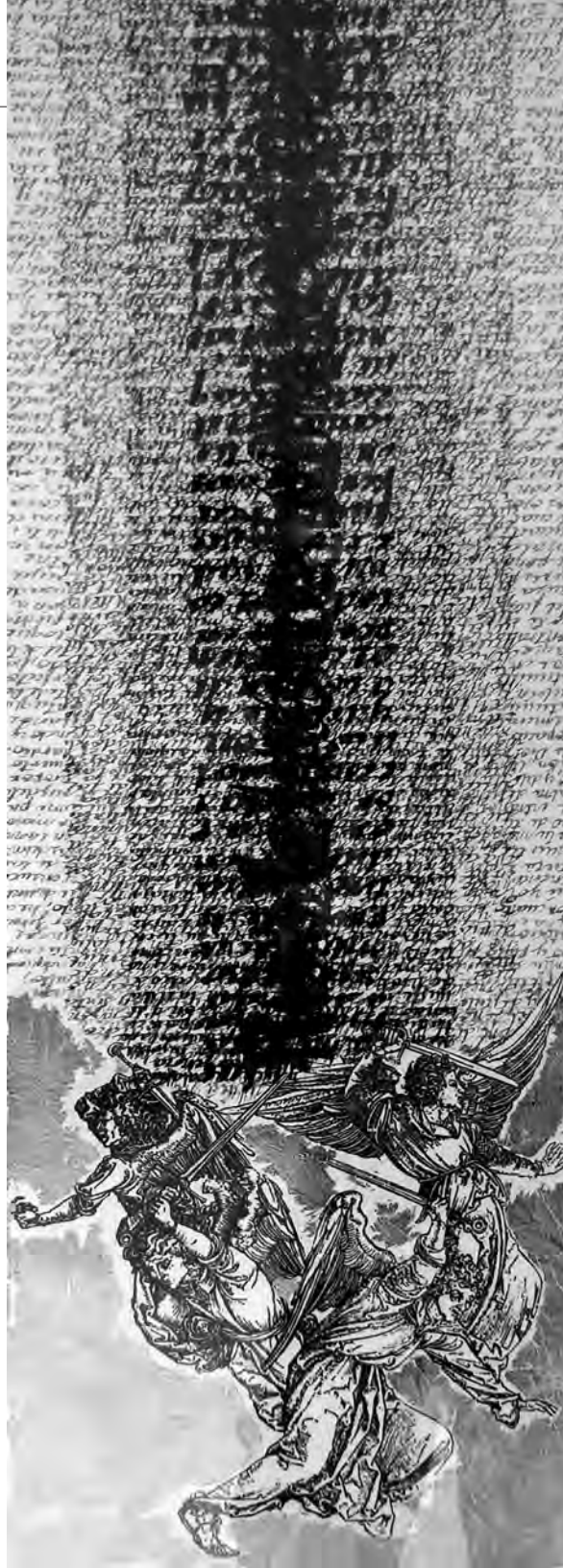
El Jardín Santiago, copia del Jardín de San Marcos que está en Aguascalientes, me ha regalado varias sorpresas cuando he corrido por su trazado. En la parte más cercana a Reforma están el busto del grabador mexicano

\* Luego de una atribulada búsqueda que duró casi un año, capturaron al presunto asesino en el estado de Querétaro. De acuerdo con los periódicos, ingresó al Reclusorio Norte y está en espera de que se defina su “situación jurídica”.

José Guadalupe Posada, autor de la memorable *Catrina*, y el de Samuel Hahnemann, fundador de la homeopatía. El Jardín también me ha dejado el recuerdo de dos jóvenes, uno sentado frente a su batería y el otro con su guitarra eléctrica, en medio del Monóptero (pequeño edificio redondo cuyas columnas sostienen el techo, que algunos llaman quiosco), que tocaban mientras el sol caía y el Jardín se inundaba con las notas y la oscuridad.

A veces, por las tardes, paso corriendo por el Tecpan y recuerdo el fascinante mural de David Alfaro Siqueiros, *Cuauhtémoc contra el mito*. Siempre que algún amigo nos visita lo llevamos al Tecpan para que lo conozca, se maravilla con los arbustos podados en forma de animales y menciona, invariablemente, lo curiosos y llamativos que son los *hongos* en los que se tira la basura de los edificios chicos.

Cada vez he ido mejorando las distancias y los tiempos. He llegado a correr más de diez kilómetros seguidos. A veces me lesiono la rodilla, dejo de correr por un rato, me recupero y cuando me encuentro listo me pongo los tenis, los audífonos y vuelvo a correr por los andadores y pasillos de Tlatelolco. Lidio con los perros y sus heces; lidio con los pésimos conductores de bicicletas, triciclos, motocicletas y motonetas; lidio con los pepenadores y sus bultos. Pero cuando dejo todo eso atrás, sólo queda mi cuerpo en movimiento, la música, mi respiración acompasada, mi mente arropada por una dulce soledad. No compito con nadie, no me presiono de ninguna manera, sólo disfruto y sé que no hay metas más allá de igualar o superar mis tiempos. Únicamente me pongo en movimiento, veo pasar los edificios, el Jardín de la Paz, el Ágora, el Puente de Piedra, el cine abandonado, la Plaza de las Tres Culturas y su silencio, la oscuridad cayendo en el Jardín Santiago, las luces del dios desollado Xipe Tótec, las ruinas tlatelolcas, la iglesia, y allá al fondo de Flores Magón, la Torre Insignia. Corro por los trazos que imaginó y concretó Mario Pani al interior de Tlatelolco, en su glorioso, sangriento y trémulo pasado, en su decadente presente y en su probable fulgor futuro; me adentro en su cuerpo, en sus venas, y encuentro la paz en los andadores de esta compleja y antigua ciudad espejo de Tenochtitlan. P



Teresa Olmedo, *Ezequiel 28:13*, caligrafía, dorado y transferencia, 38 × 19 cm, 2013



# Un complejo muy complejo

Tercer premio

Gustavo Cantú Rodríguez

*Mexicanos al grito de guerra,  
el acero aprestad y el bridón,  
y retiemble en sus centros la tierra  
al sonoro rugir del cañón.*

Coro del *Himno Nacional Mexicano*,  
Francisco González Bocanegra

**I** Hace dos años, Carlos salió del penal de máxima seguridad de Almoloya de Juárez. No sabe decir cuál fue exactamente el delito que lo convirtió en presidiario por casi cuarenta y tres años. Convivió con asesinos, narcotraficantes, secuestradores y violadores.

Hoy, Carlos, egresado de la Escuela Superior de Ingeniería del Instituto Politécnico Nacional, es un indigente a quien no le interesa que el Senado esté debatiendo las leyes secundarias de la Reforma Política-Electoral: él no vota. Ya perdió la esperanza en su país.

A la gente que pasea a su perro por la Plaza de Tlatelolco no le importa que este señor cumpla hoy setenta y dos años. Sólo a una vecina del edificio Chihuahua, que le regaló un pastelillo de chocolate con cuatro velitas.

“¿Tienes un cigarro?”, pregunta mientras de su boca se desprende un rancio aroma a alcohol de caña. Su ropa es andrajosa. Parece que no se ha bañado en meses. Él no sabe de noticias, no se entera de nada. Desde la madrugada del 3 de octubre de 1968 se desconectó de este mundo. Ahora sólo espera la muerte. Sentado al pie del monolito, erigido en 1993, en honor a las víctimas que, como él, fueron asesinadas o privadas de su libertad por increpar al gobierno de Gustavo Díaz Ordaz.

En medio de las ruinas prehispánicas, una iglesia barroca y los edificios ya no tan modernos que encajo-

nan las avenidas de Reforma, Ricardo Flores Magón, Eje Central Lázaro Cárdenas y Eje 2 Norte Manuel González se han escrito historias que al paso de los siglos siguen siendo determinantes para conocer nuestra esencia.

Carlos es un “mestizo” nacido en Parral, Chihuahua, el 14 de mayo de 1942. Sus padres se deshicieron de él entregándolo a un cura para que lo criara. Estudió hasta el bachillerato en su pueblo. Emigró a los veinte años a la capital del país que gobernaba Adolfo López Mateos. Llegó con la convicción de convertirse en universitario y lo logró en el Instituto Politécnico Nacional. Se casó con una mujer “muy bonita” con quien tuvo un hijo y un departamento en el edificio Nuevo León.

Carlos parece no acordarse ya de su lugar de nacimiento. Su mirada congelada en el abismo se derrite de recuerdos. Exhala el humo del cigarro que le regalé. Es muy complejo imaginar a Carlos sonriendo en ese pueblo chihuahuense. El dolor que ha vivido mantiene rígidos los músculos de su rostro. Ni el alcohol que bebe lo hace sonreír.

El Nuevo León fue de los edificios más afectados en el terremoto del 19 de septiembre de 1985. Con los ingresos que Carlos obtenía dando clases de química en la Preparatoria 7, rentaba la vivienda donde quedó sepultada su única familia, bajo los escombros. En este punto de la charla deja de hablar; el dolor lo encoge, su posición es casi fetal. Creo que desea ser abrazado por su madre, al menos eso me refleja. No sé cómo consolarlo, no existen palabras que puedan aliviar el dolor que siente. Lo dejo llorar. Su llanto es silencioso, muy profundo, me llega a provocar lástima, quisiera hacer algo

**Gustavo Cantú Rodríguez** (Monterrey, Nuevo León, 1985). Estudió Periodismo en la UANL y en la UNAM. Actualmente cursa un posgrado en la UIA. Trabaja como redactor en la sección nacional de *El Universal*.

pero me asumo impotente y sólo espero que se recupere para que continúe su narración.

Carlos no me sabe decir en qué prisión estaba mientras la vida de su única familia se consumía en las ruinas del edificio. Ni siquiera supo que un temblor había cambiado la suerte de la capital mexicana. Ahí, en el cuarto oscuro donde vivía recluso, su única compañía eran sus heces fecales y las ratas.

No deseo preguntarle nada. Caemos en un silencio muy incómodo. Observo a los niños que juegan en la explanada con sus perros, en el mismo lugar donde la tarde del 2 de octubre del 68 corrían ríos de sangre estudiantil. Fracaso en mi segundo intento por animar a Carlos. Le pregunto por la ubicación de los cuerpos de su familia, pero se limita a un “no sé” lleno de zozobra. Ni siquiera tiene un lugar donde llevarle flores a su “muy bonita” mujer y a su hijo que hoy son parte del polvo terrestre que roen los gusanos.

II. “En menos de tres minutos esto era una alfombra roja. La sangre se pegaba en las suelas de los zapatos. Pasaban los soldados y remataban con la bayoneta a los compañeros... ¿Sabes lo que es que te zumben los oídos por las balas?”

La madrugada del 3 de octubre de 1968, Carlos —un profesor de 26 años lleno de energía— amaneció herido. Una bala del Batallón Olimpia le perforó la pierna izquierda. Huyó de las balas cojeando y se escondió en el edificio Chihuahua. Para ese entonces muchos de sus amigos yacían inertes en la “alfombra roja” de la expla-

nada de Tlatelolco. No me cuenta detalles pero imagino que mientras permanecía en su escondite, con taquicardia, pensaba en su hijo de tres años y en su “muy bonita” mujer. De seguro se preguntaba dónde estaban sus “camaradas”. Me imagino el miedo que sentía al escuchar a lo lejos las voces de los militares que mataban a cualquier estudiante a diestra y siniestra. Me dan escalofríos. Los gobiernistas de guante blanco lo encontraron, lo sacaron “a punta de madrazos” hasta que quedó semiinconsciente. “Nos vas a decir el nombre de cinco amigos tuyos, hijo de tu pinche madre”, le dijo el comandante que obedecía las órdenes del entonces secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez.

Relata ensombrecido que esa madrugada los soldados lo aislaron, descalzo, en el interior de una caseta telefónica donde no había ningún testigo que pudiera defenderlo. Los habitantes de ese complejo habitacional estaban encerrados en sus departamentos, llenos de miedo e incertidumbre.

Al narrarme este hecho, su tristeza se transforma en ira justo en el momento en que recuerda cómo las autoridades echaron agua al piso con una cubeta y posteriormente mojaron allí unos cables eléctricos “pelones” para que revelara cinco nombres de sus compañeros del Consejo General de Huelga (CGH). La promesa era que después de su confesión iba a salir libre con cargos de vagancia. Pero ese “chinguen a su madre” le costó un encierro de casi cuarenta y tres años. Las autoridades lo borraron del mapa por estar en contra del Poder Ejecutivo. Ya no pudo ver crecer a su hijo.

Estuvo cuarenta y dos años, once meses y siete días en prisión “por defender lo que se debía defender”, sin

explicarme con precisión qué era por lo que luchaba. “Me llevaron a las ‘cárceles del pueblo’. Eran cárceles clandestinas. Ahí no hay luz, tu única compañía son las ratas. Ahí estuve treinta años. De ahí me mandaron a las Islas Marías... Cuando vi el sol quedé ciego.”

Este proceso terrorífico que vivió, me lo cuenta como si me estuviera reclamando por esa injusticia. No es para menos. Nuestros ojos registran imágenes gracias a la luz. Pero hasta ese derecho humano le fue arrancado a Carlos por un “chinguen a su madre”.

Quizá hubiera durado vivo diecisiete años más (hasta 1985), al menos hubiera muerto junto a su familia en el derrumbe y hoy no sufriría tanto. Pero no fue así.

Además de la vista, también perdió la esperanza de disfrutar lo que le queda de vida. “Me alegra que esté en la fase terminal del cáncer, muy pronto voy a morir.” Las cuatro décadas como preso político acabaron con su salud. Las rabietas por la injusticia que ha de haber hecho dentro de la prisión carcomieron el espíritu alegre de Carlos. Extinguieron su salud física y mental. El alcohol que toma como agua contribuye a que la muerte de sus órganos se acelere. Contemplo un “amasijo hecho de cuerdas y tendones, un revoltijo de carne con madera, un instrumento sin mejores resplandores que lucecitas montadas para escena”, como diría el cantautor cubano Silvio Rodríguez.

Estoy sentado viendo cómo se termina de extinguir “lo que queda de Carlos”, así me dijo que se llamaba cuando le pregunté su nombre al principio. Ahora entiendo por qué me dijo eso. Seguro los psiquiatras le diagnosticarían una severa depresión crónica. Los religiosos le dirían que su espíritu ha muerto. Yo no sé qué decir. Hasta las ganas de ir a hacer el súper se me quitaron. La tristeza que me provoca la soledad de esta enorme ciudad es minúscula junto a lo que Carlos siente. Los rayos del sol hacen que tanto él como yo empecemos a transpirar. Le ofrezco una botella de agua. Acepta.

III. El recién graduado ingeniero del Poli sobrevivió por alguna extraña razón. Era líder estudiantil y “luchaba en contra del sistema capitalista que se expandía en el



Antonio Domínguez, *La depravación de los hombres y en la eternidad*, punta seca y transferencia, 76 x 56 cm, 2012

mundo”. “Nosotros no teníamos armas, nuestra arma era la razón [...]. Nosotros pensamos que venían [los soldados] a cubrirnos para que no nos atacaran los policías.”

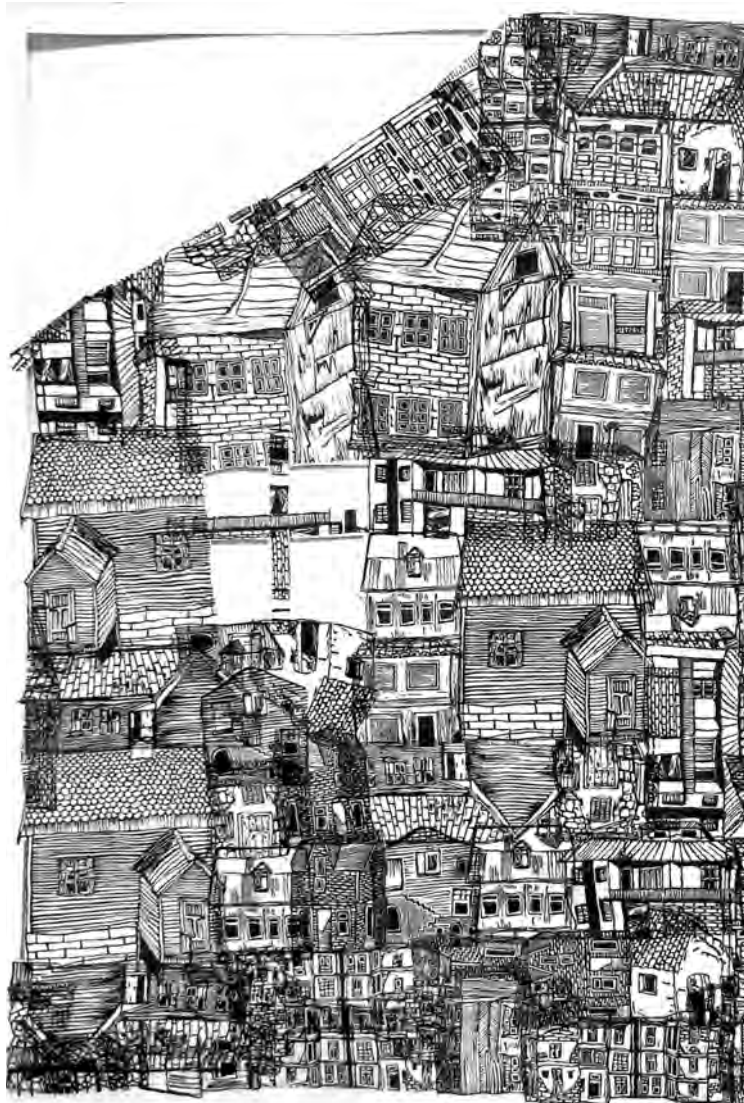
Estamos sentados donde estuvo el tianguis más grande de Mesoamérica: el de Tlatelolco. El mismo que dejó impresionado a Hernán Cortés hace cinco siglos. Hoy el lugar es una mezcla de ruinas prehispánicas, fachadas barrocas de la Nueva España y edificios setenteros, todo lleno de popó de perro.

“De allá venía un sacerdote corriendo —señala la entrada de Eje Central, al poniente de la Plaza—; le pregunté qué hora era y me dijo que las seis con quince minutos. Corrió a la iglesia de Santiago, sacó a cuatro gentes que estaban adentro y cerró la puerta... ¡Qué poca madre!, ¿sabes cuántos se hubieran salvado?”

Este escenario se llenó de sangre en la Colonia. Los mexicas se mezclaron con los españoles. Comenzó una nueva era, la de la Conquista. Quién iba a pensar que quinientos años después, en ese mismo lugar, atacarían a sus hermanos indefensos. Tlatelolco era la zona comercial de ese imperio que hoy es un complejo habitacional lleno de basura, grafiti, columpios oxidados. Ahí, en el templo de Santiago, se gestó la primera institución académica de educación superior en América. Mientras contemplo a Carlos analizo que ningún país castigó tan duro estas protestas como el gobernado por Díaz Ordaz.

Pero regresemos con “el ingeniero del Poli”, quien fue maestro de Cuitláhuac Gallegos Bañuelos, el primer nombre que aparece en la lista de víctimas del monolito salinista de 1993, edificado en la explanada de la Plaza de las Tres Culturas. Su alumno murió a los diecinueve años, “yo era maestro en la Prepa Popular y en la Prepa 7 daba clases de química”. Carlos no se enteró de que Gustavo Díaz Ordaz murió de cáncer en el colon porque estaba encerrado en una celda.

IV. Ahora estoy frente al espacio donde estaba el edificio Nuevo León. Después de hablar con Carlos me dio



Teresa Olmedo, *La casa alberga un día soñado*, linoleografía en papel

mucha curiosidad conocer dónde vivía cuando era un joven feliz y lleno de vida. Me encuentro a Carolina, una señora que camina por la placita en honor al tenor Plácido Domingo. De recién casada vivía en el mismo edificio donde, según Carlos, murió su familia.

“Ahí vivía gente de clase superior a la media”, dijo ella. “Los departamentos eran muy amplios y elegantes, tenían estacionamiento y elevador. Hoy se observa



japonés calado a mano, 56 x 76 cm, 2014

mucha basura en el piso, los resbaladeros y los columpios tienen óxido, hay mucha gente y muchos perros”, añade la sobreviviente al terremoto, quien sólo se cambió de edificio tras la tragedia que dejó luto nacional.

El llanto de Carlos llega hasta el piso, el mismo que fue limpiado de sangre por los bomberos con mangueras a presión la madrugada del 3 de octubre de hace cuarenta y seis años.

V. El eco del dolor de Carlos retumba en las paredes del ex convento de Santiago. Las lágrimas descienden por sus mejillas. Hace un silencio. Coge aire. Los niños siguen correteando y gritando. La plancha de la plaza de Tlatelolco respira un aire extraño. Se siente un vacío. El sol se despide. Carlos ya no quiere hablar, me pide que me vaya “por favor”. Me quedo sentado, sin decir palabra.

Pienso en los presos del gobierno de Estados Unidos en Guantánamo, Cuba. Ellos sufren lo mismo que Carlos sufrió. Borrados del mapa purgan una condena, muchas veces injusta. Adentro hay “terroristas”, muchos de ellos inocentes, que pierden a sus familias en los bombardeos de Medio Oriente. Imagino a Hernán Cortés llorando bajo el árbol de la Noche Triste, igual que los centenares de familias que perdieron a sus seres queridos en los módulos central y norte del edificio Nuevo León. Pienso que la tragedia es universal y constante. No cesa la ambición del poder a costa de las vidas que sean necesarias. La historia de México es bella, pero tiene muchas heridas abiertas que quizá nunca sanarán. Pienso que las historias que encierra el complejo Tlatelolco son muy complejas, al igual que la naturaleza humana.

Un perro agrede a otro frente a nuestros pies. Uno aplasta el pastel de Carlos con las patas, pero él no se da cuenta por la ceguera: al menos algo positivo tiene su discapacidad. “¿Tienes cinco pesos?”, me pregunta, “es que quiero ir al baño”. No tengo, le respondo. “Bueno, no hay problema”, y encoge las piernas mientras su rostro se relaja. Me despido de Carlos con una sonrisa muy forzada que afortunadamente no puede ver. “Que te vaya bien”, me dice. Comienza a oler a excremento. **P**

# Interpretación celeste: azul trenzado

Gabriel Woltke



Manuel de J. Jiménez  
*Interpretación celeste: azul trenzado*  
 Catafixia  
 Guatemala, 2013

Manuel de J. Jiménez (MdJJ) busca el corazón de la escritura sabiendo que no basta con encontrar a sus padres. A veces hay que buscar a los abuelos y a los bisabuelos para poder explicarnos por qué hacemos lo que hacemos. MdJJ se atreve a retornar a Darío, a leerlo desde una perspectiva que no le echa en cara su espíritu europeo sino que, como en toda reconciliación, vuelve a él para reconocer lo mejor de sí: su capacidad para delinear un mundo a la medida de sus sueños. Quizá ha visto en el poeta nicaragüense, “el pobre pintor de la Naturaleza y de Psyquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos”, el camino para encontrarse con la escritura. Buscar la palabra es buscar al mundo.


Para enfrentar al mundo y adentrarse en él, ir armados con la razón no nos ayudará demasiado. Quizá es mejor observarlo desde la palma de nuestros sueños, desde el espejo cóncavo de nuestros recuerdos y desde los candados que unen la telaraña sobre la que vivimos. Perdería el mano a mano quien se enfrente al mundo armado de regla y procesador. En cambio en la psique, allí donde se nace y metamorfosea, es donde podemos capturarlos. Allí, el mundo es nuestro.

La palabra que se teje en estas páginas se expande bajo el plano de una geometría que respira, la geometría final que es final porque está viva y es capaz de liberarse de sus absurdas medidas. Enunciación chamánica que sabe que repitiendo un mismo número se puede entrar en el terreno de las lógicas secretas.

Pese a que una lectura apresurada pueda definir el libro como un juego de lenguaje, la *Interpretación celeste* viaja mucho más allá. La obra de MdJJ, el mismo que ha puesto fin al Estado, rescata el valor del individuo, esas mentes que son el “único ecosistema vivo”. Su palabra se lee como rebeldía contra cualquier opresión: la de la historia, la de la verdad total. Por eso este viaje se mueve bajo la bandera de una nueva teoría del conocimiento. Viaje que sueña sin cuestionarse sobre el significado de aquello en que se adentra. Viaje al que el sueño le basta por sí mismo. Razón suficiente,

libertad y solvencia necesarias para atreverse a poner el pensamiento de Dios bajo la mirilla del microscopio.

Entre estas hojas uno asiste a la aparición casi mística del continente americano o de una superficie que ni siquiera tiene por qué llamarse América o África, tierra o agua. Una historia que se pierde en el rizoma que sembrado en la psiquis construye la frondosa ceiba de este mundo. Aquel proyecto nunca emprendido por Lezama Lima de escribir la historia universal del color naranja, color en que se resumiría el mundo entero, es tan similar a esta historia universal contada a través de los sueños de MdJJ.

Agradezco jugar con el niño que aprende a dominar la pelota, haberme tropezado con el cocodrilo, tener el honor de conocer a don Eusebio Jiménez y al Ángel hermano. Termino de leer con el cuerpo oloroso a Trópico de Cáncer, llamando al sueño para que también cubra mi vida. 

**Gabriel Woltke** (Ciudad de Guatemala, 1988). Ha publicado *Doce noches y un amanecer decapitado* (Santa Muerte Cartonera, México, 2008) y *Vacíos paralelos* (Catafixia, Guatemala, 2010). Trabaja en los libros *Libretas del mar bajo la noche* y *Livro de Adán*. <maquinainfinita.blogspot.com>.







---

Universidad Nacional Autónoma de México

---